



OLÍMPICOS



Ilustración: Dirce Hernández

RECUERDOS

Relatos:

- Oswaldo Barrera Franco
- Gerardo Galarza
- Ernesto Lee
- Mariana Leñero
- Ivonne Melgar
- Alejandra Ojeda
- Francisco Ortiz Pardo
- Francisco Ortiz Pinchetti
- Leticia Robles de la Rosa
- Patricia Vega

» PÁGS 10-20

La cultura deportiva en México

Por Esteban Ortiz Castañares —» PÁGS | 6-7

Mujeres: De Atenas a París

Por Melissa García Meraz —» PÁGINA | 8

Historia de la medicina del deporte

Por Nadia Menéndez Di Pardo —» PÁGINA | 3



Mensajes olímpicos

Más allá de lo sorprendente, evocador y espectacular que resultó la inauguración de los juegos de la XXXIII Olimpiada en París (una ceremonia que por primera vez se saca de los estadios), el principal mensaje que nos queda es el del respeto a la diversidad como sustento de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Y eso no se constriñe sólo al deporte, sino que tiene un sentido universal, de forma de vida, para toda la humanidad. Esperemos que esos principios marquen no sólo la competencia internacional por excelencia, sino un futuro para el mundo más justo y fraternal, en el que la meta por alcanzar sea la Paz. Como meros espectadores de las hazañas de los atletas, mientras tanto, disfrutemos las emociones que nos brindan y tomemos ejemplo de su disciplina y de su carácter indómito en pos de la victoria.

San José Insurgentes
Instituto de Yoga GYU

55 años nos respaldan

¡Atrevete al cambio!,
practica:
Yoga

Alivio del estrés,
mejor respiración
y circulación,
conciencia y paz interior

¡Regresamos
a clases
presenciales!

www.yogasanjoins.com
sanjoins@hotmail.com

» DIRECTORIO

Libre en el Sur
Doscientos cuarenta y nueve
Agosto de 2024

Director
Francisco Ortiz Pinchetti
Subdirector
Francisco Ortiz Pardo
Coeditor gráfico
Víctor Durán
duran.victor@hotmail.com
Servicios fotográficos
Agencia Cuartoscuro
Asesores de ventas
Elena Pardo S.
Diseño
Kimera

Oficinas
Miguel Laurent 15 bis despacho 404,
colonia Tlacoquemécatl del Valle,
alcaldía Benito Juárez, C.P. 03200,
Ciudad de México. Teléfono: 5539 5212 41.

Correo: libreenelsur@gmail.com
www.libreenelsur.mx

Libre en el Sur es una
publicación mensual digital editada
por Grupo Libre Comunicación, S.A.
de C.V. Certificado de Reserva de
Derechos al Uso Exclusivo del Nombre
(Indautor) número 050714382500-101
Los editores no son responsables del
contenido de la publicidad. Los
artículos firmados son
responsabilidad de sus autores.

**FLAMA
FALLIDA**



Suscríbete por sólo \$350 pesos anuales (envío gratis)

Adquiere hasta la puerta de tu casa Cuartoscuro, la principal revista de fotografía en México y América Latina.

Desde hace casi 30 años la revista está comprometida con visibilizar la creación fotográfica en nuestro país desde una perspectiva independiente. ¡No te quedes sin tu ejemplar!

revista@cuartoscuro.com
teléfono 555211 2607, ext. 106

CUARTOSCURO
AGENCIA DE FOTOGRAFÍA Y EDITORA

37 años de trayectoria a México

**OFERTA \$150
POR DIAGNÓSTICO**

¿Sabías que? puedes conocer:

**IDENTIDAD • CARÁCTER
• TEMPERAMENTO
MODO DE SER DE UNA PERSONA
POR MEDIO DE SU FIRMA Y ESCRITURA**

¡DESCÚBRELO!



Alberto Benítez Castelán,
perito en Grafología



5536 46 56 56

POR NADIA MENÉNDEZ DI PARDO

Este artículo describe la importancia y el impacto de la medicina del deporte en México, subrayando el papel crucial de esta disciplina en la salud y el bienestar de los atletas y deportistas. La prevención, diagnóstico, tratamiento y rehabilitación de las lesiones deportivas, así como la mejora del rendimiento físico, son sus objetivos principales.

Uno de los más importantes representantes en el establecimiento de esta especialidad fue el doctor José de Jesús Clark Flores, quien en 1969 fundó la primera clínica de medicina del deporte en el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS). Este espacio tuvo mucho éxito lo que la llevaron a su pronta demanda en sus servicios y expansión. Cabe recordar que un momento clave dentro de esta disciplina, fue la organización de los Juegos Olímpicos de 1968 en la Ciudad de México, lo que impulsó la necesidad de contar con servicios médicos especializados para atender a los atletas nacionales e internacionales. Según Aguilar Peniche (1972), “la celebración de los Juegos Olímpicos fue un catalizador para el desarrollo de la medicina del deporte en México, ya que se requirió de la formación y capacitación de profesionales en esta área”. Este evento impulsó la necesidad de contar con servicios médicos especializados para atender a los atletas de alto rendimiento.

Uno de los principales objetivos de la medicina del deporte durante los Juegos Olímpicos fue la prevención y tratamiento de lesiones deportivas. Se establecieron centros médicos en todas las sedes de las distintas competencias, y en la Villa Olímpica. Como ya lo comentamos, el doctor Clark Flores fue un pionero en la medicina del deporte en México; este médico desempeñó un papel fundamental en la organización y gestión de estos servicios médicos. Clark Flores (1969) destacaba que “la implementación de clínicas de medicina del deporte en el IMSS sirvió como modelo para la atención médica durante los Juegos Olímpicos, proporcionando una atención integral a los atletas”. Varios facultativos plantearon como dato relevante, la altitud de la Ciudad de México, lo que presentó un desafío para los atletas, y la medicina del deporte jugó un papel crucial en ayudar a los competidores a adaptarse a estas condiciones. Estudios previos a los juegos indicaron que la altitud podría afectar el rendimiento deportivo y la salud de los atletas. El Dr. Carl Foster (2000) señala que “la adaptación a la altitud fue un área de enfoque importante

Medicina del Deporte en México

El impacto de los Juegos Olímpicos de 1968 fue significativo y duradero. La infraestructura médica y la experiencia adquirida durante el evento proporcionaron una base para el desarrollo continuo de esta disciplina en el país.



Medicina del deporte en la Universidad.

para los servicios médicos, ya que se implementaron programas específicos para ayudar a los atletas a aclimatarse y minimizar los efectos negativos en su rendimiento”.

Los médicos que se dedican a la medicina del deporte provienen de diversas especialidades, incluyendo ortopedia, fisioterapia, rehabilitación, medicina general y cardiología

Los Juegos Olímpicos de 1968 también fueron una plataforma para la investigación y el desarrollo de nuevas tecnologías, se realizaron estudios sobre la fisiología del ejercicio, la biomecánica y la nutrición deportiva, contribuyendo al avance del conocimiento en estas áreas. Radák (2018) enfatiza que “los avances tecnológicos y la investigación durante los Juegos Olímpicos de 1968 sentaron las bases para el desarrollo futuro de la medicina del deporte, permitiendo una mejor comprensión de los factores que influyen en el rendimiento y la salud de los atletas”.

El impacto de los Juegos Olímpicos de 1968 fue significativo y duradero. La infraestructura médica y la experiencia adquirida durante el evento proporcionaron una base para el desarrollo continuo de esta disciplina en el país. Según García de León (2020), “los Juegos Olímpicos de 1968

fueron un punto de inflexión para la medicina del deporte en México, impulsando la creación de programas de formación, investigación y atención médica especializada que han perdurado hasta la actualidad”. La medicina del deporte abarca la prevención de lesiones, rehabilitación y recuperación, la mejora del rendimiento deportivo, y la promoción de la salud, a su vez también promueve la actividad física como una herramienta para mantener la salud y prevenir enfermedades crónicas. Blair (1996) señala que “el ejercicio regular es esencial para la prevención de enfermedades cardiovasculares, la obesidad y la diabetes”.

Los médicos que se dedican a la medicina del deporte provienen de diversas especialidades, incluyendo ortopedia, fisioterapia, rehabilitación, medicina general y cardiología. La investigación en medicina del deporte en México ha abordado temas como la

prevención de lesiones, la nutrición deportiva y la psicología del deporte. García de León (2020) destaca que “la investigación ha permitido avances significativos en la evaluación y tratamiento de lesiones deportivas en México”. La creación de centros especializados ha permitido ofrecer atención integral a los atletas. Por ejemplo, el Centro Nacional de Rehabilitación y el Centro de Medicina del Deporte de la Comisión Nacional de Cultura Física y Deporte (CONADE) son instituciones clave. A su vez existen múltiples instituciones dedicadas a esta disciplina, como la Facultad de Medicina de la UNAM, que ofrece programas de especialización en medicina del deporte. Estos avances han permitido mejorar el rendimiento de los atletas y promover la actividad física como una herramienta de salud pública, y las nuevas tecnologías han intervenido en la pronta recuperación de las lesiones. ▣

SÚMATE

POR UNA VIDA LIBRE DE POBREZA



FONDO PARA
La Paz

Cada día miles de personas sufren las consecuencias de vivir en zonas vulnerables en condiciones de pobreza. Fondo para la Paz IAP está trabajando desde 1994 para transformar esta realidad.

Tú puedes hacer la diferencia con una donación desde 300 pesos al mes.

Dona en: fondoparalapaz.org/donar
Teléfono: 55-5570-2791
Whatsapp: 55 3929 9660

Antonio Machuca

A seis años de su implementación, Blindar BJ ha demostrado ser una estrategia efectiva en materia de seguridad. Tan es así, que prácticamente durante los últimos cuatro años de la actual administración, ha posicionado a la alcaldía Benito Juárez como la más segura de la ciudad capital, de acuerdo con la Encuesta Nacional de Seguridad Pública Urbana del INEGI.

Esta estrategia, creada por el ex alcalde Santiago Taboada, ha permitido incrementar el índice de percepción de seguridad en 34.8 puntos, desde la primera medición realizada por el INEGI en septiembre de 2019. Es decir, de 46.3 por ciento pasó al 81.1.

Estrategia de seguridad efectiva

Blindar BJ ha mantenido a Benito Juárez, por 15 trimestres consecutivos, como la alcaldía más segura de la Ciudad de México.



vas, culturales y académicas de la alcaldía.

Sin duda, el reto que asumió el ex alcalde Taboada al iniciar su mandato, en 2018, significó un esfuerzo presupuestal mayúsculo que hoy, con estas cifras, se traduce en la mejor inversión al saber que la alcaldía es el mejor lugar para vivir y el más seguro.

Blindar BJ ha mantenido, ha a la demarcación juarense por 15 trimestres consecutivos, como la alcaldía más segura en la Ciudad de México, convirtiéndola desde hace cuatro años ya en un referente en materia de seguridad en la ciudad y en el país que, incluso, ha sido replicada por otras alcaldías y municipios.

Este modelo de policía civil bien capacitada y equipada, complementada con tecnología, inteligencia y coordinación tiene un ingrediente esencial: la dignificación de sus elementos mediante el programa "Cuidar a quien nos cuida", el cual reconoce y premia su desempeño y permite a las y los policías y a sus familias acceder a beneficios como el uso de las instalaciones deporti-

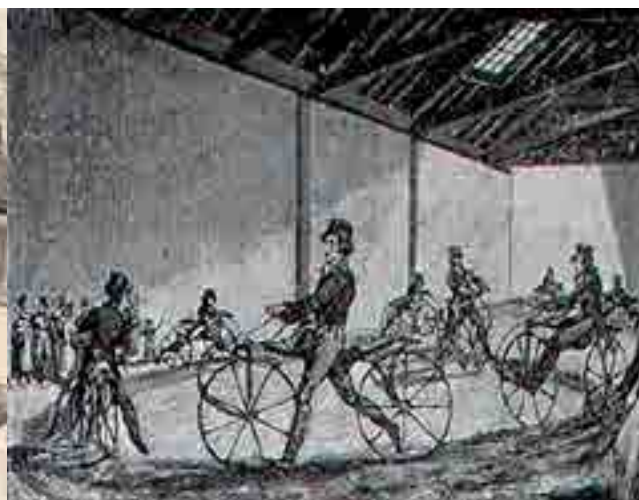


Estos datos revelan que Blindar BJ es una estrategia sólida e integral para prevenir, atender y combatir la delincuencia la cual no solo ha generado un impacto positivo en la percepción de seguridad y calidad de vida de

las y los juarenses, por la cercanía y atención oportuna que todos los días brinda el Equipo de Proximidad, sino también ha demostrado su eficiencia con la baja constante de los índices delictivos.



Fotos: Especial



Actividades deportivas antiguas

Toros, lucha y circo, antecedentes deportivos en México

Hubo un día en que el beisbol y el futbol americano fueron los deportes nacionales. Pero la televisión comercial decidió proclamar un solo deporte --el fut-- para el negocio.

POR ESTEBAN ORTIZ CASTAÑARES

A propósito de los juegos olímpicos de este mes, vale la pena hacer una reflexión sobre la evolución del deporte en nuestra ciudad de México y la afición a él.

En un país que hasta principios del siglo 20 fue predominantemente agrícola, los deportes populares que existían estaban fundamentalmente concentrados en este rubro. La charrería y los toros, si se considera un deporte eran las aficiones más comunes de esa época. Poco después de la conquista (1526), en el México colonial (Nueva España) se instauró en la plaza del volador, donde actualmente se encuentra la Suprema Corte de Justicia, la primera plaza de toros.

En ella, además de las faenas de toros convencionales, se presentaban espectáculos ecuestres múltiples, donde los competidores tenían que mostrar sus destrezas en el manejo del caballo y las herramientas utilizadas para la ganadería, como la riata; y por supuesto competencias de salto. Las carreras de velocidad también eran muy populares.

Esta gran cultura ecuestre se mantuvo muy popular hasta mediados del siglo XX, sobre todo en la charrería. De hecho, en las olimpiadas la primera medalla de oro en la historia de México fue obtenida por Humberto Mariles Cortés en salto, con el caballo "Arete" (que además era tuerto), en Londres (1948).

Pero el desarrollo urbano, desligado de la faena agrícola, fue reduciendo los espacios para llevarla a cabo en la gran metrópoli; y este importante deporte de nuestra cultura se ha empezado



a perder; además, cada vez tiene menos público, la cultura está cambiando.

El atletismo, un deporte muy ligado al control y fuerza humana, y por ende a las organizaciones militares, se desarrolló en México como actividad patriótica

a principios del siglo XX. En particular el área de la carrera y caminata se desarrollaron como parte de la cultura deportiva. En una ciudad tan difícil como la nuestra, correr es uno de los deportes que de manera más sencilla se puede realizar. Uno sale a



Blue Demon y el Santo.

la calle y corre, simplemente. La altura de la ciudad ha permitido también exigir a los atletas un desarrollo pulmonar especial que se hace ver como resultado en las competencias mundiales, donde nuestro país es referente.

El box y la lucha libre han sido también deportes donde México se ha distinguido. El box tiene una tradición de más de 200 años y México es el segundo país con mayor cantidad de campeones mundiales (el primero es Estados Unidos). Inició como deporte en el área militar. En 1868 el coronel norteamericano Thomas Hoyer Monstery creó una escuela para el desarrollo de los deportes con armas blancas (esgrima, bayoneta, florete, cuchillo) y boxeo. Al final del siglo XIX se permitió el boxeo como alternativa para resolver problemas sin recurrir a las armas. En los primeros 20 años del siglo XX a pesar de estar prohibido, adquirió gran popularidad. En 1923 se creó la comisión de Box del DF y a partir de ese momento se volvió uno de los deportes de gran afición.

La lucha libre llegó a nuestro país en el periodo de la intervención francesa (1860) como lucha greco-romana. Enrique Ugar-techea modificó su estructura y reglas y creó el concepto de luchas que conocemos. En el último periodo del porfiriato, a principios del siglo XX, distintas organizaciones de espectáculos circenses crearon encuentros que empezaron a cambiar su perfil puramente deportivo por un espectáculo semi teatral. Pero el deporte se profesionalizó gracias a la iniciativa de Salvador Lut-terot quién tomando como referencia un luchador norteamericano enmascarado, creó el concepto de la lucha entre el bien y el mal (los "Técnicos" contra los "Rudos"), y en la Arena México creó la catedral de la lucha libre. Como dato interesante, ganó el premio mayor de la lotería y así creó su propia arena, la Arena Coliseo, en 1943.

Se crearon personajes alrededor del rin inmortalizados en películas y canciones --como el Santo y Blue Demon-- y posteriormente Televisa logró que ambos espectáculos (el box y la lucha libre) llegasen a todos los rincones de México y a Latinoamérica. La lucha libre es segundo deporte más popular de México y existe una disciplina --sin la parte teatral-- en las olimpiadas. Su influencia cruzó fronteras y actualmente, con las características definidas por México, es un deporte adoptado en Estados Unidos y Japón.

En el área de la natación no se ha desarrollado cabalmente una cultura en Ciudad de México. En el periodo prehispánico, es muy probable que los habitantes de la hoy capital, por estar en el centro de los lagos, hayan tenido muchas actividades deportivas relacionadas con el agua. Pero al desecar los lagos y por la influencia hispánica, con el pasar de los siglos se perdió totalmente. Hasta los años cincuenta, gran parte de la población de la ciudad no sabía nadar, entre ellos tres de mis abuelos.



Grandes boxeadores mexicanos.



Daniel Bautista entrenando con Ernesto Canto



El túbio muchos en su triunfo en México.

La primera alberca --o más bien balneario-- de que se tiene registro, fue la creada por Sebastián Pane en 1864, que sigue existiendo en la colonia Juárez. Este deporte permaneció en un segmento muy pequeño de la población, hasta que la victoria de Felipe "El Tibio" Muñoz (pecho 200 metros, oro), en los juegos de 1968, y María Teresa Ramírez (libre 800 metros, bronce), crearon un furor que desembocó en la creación de la Asociación de natación del Distrito Federal, en 1972). El gran promotor de esta cultura fue Nelson Vargas que, como empresario, en el mismo año creó un centro de enseñanza de natación: la Acuática Nelson Vargas, que con varias sucursales todavía existe. El incremento de la influencia cultural norteamericana ha traído a la actualidad cientos de nuevos establecimientos que ofrecen este deporte, creando así una cultura acuática en nuestra ciudad, que aún no logra generar grandes campeones mundiales.



Medallistas Olímpicos Mexicanos.

El beis llegó a ser un deporte de mucha popularidad en la ciudad de México, sobre todo a mediados del siglo XX, traído directamente por los norteamericanos a finales del siglo XIX, a Guaymas por los marinos norteamericanos y a Nuevo Laredo por la construcción del ferrocarril, e indirectamente a Yucatán influenciado por la cercanía con Cuba. Después de la revolución (1925) se creó la Liga de Verano y a partir de esa época tuvo gran popularidad. Los dos equipos de la ciudad --Diablos Rojos y Tigres-- literalmente dividieron la afición capitalina. Mi familia era muy aficionada a los Tigres. La de generación de mis padres y la mía asistió a este deporte, que tristemente decayó a finales de los años ochenta, para dar espacio al actual favorito: el fútbol. Ahora, con el surgimiento del estadio Harp Helú, en la Ciudad Deportiva, se trata de rescatar, aunque su éxito es aún marginal. El rey de los deportes de nuestro país y en especial de la ciudad

es el fútbol. Su éxito se debe, en realidad, a la maquinaria propagandística de Televisa, que logró cambiar el foco histórico de otros deportes como el fútbol americano, que en 1930 estaba arraigado como deporte nacional (el Estadio del Cruz Azul y el de los Pumas fueron inicialmente planeados para este deporte). El fut llegó a nuestro país a través de los ingleses que vinieron por la industria minera, principalmente al hoy estado de Hidalgo. La federación de Fútbol se creó en 1908, durante el Porfiriato, y con ella fue la primera liga mexicana.

El deporte creció en popularidad lentamente hasta que con la aparición de la televisión comercial, en 1950, se empezaron a transmitir los partidos.

El fut tenía el encanto de ser un deporte con mucho menos reglas, menos estratégico que el futbol americano o el beisbol y daba momentos de mucha emoción por ser un deporte sin las interrupciones de las entradas en el beis o las oportunidades, en el americano. Emilio Azcárraga Milmo, dueño de Televisa, vio el potencial del deporte y con una alianza con los dueños del Necaxa y el Atlante, fundó la Organización de Fútbol del Distrito Federal y construyó el Estadio Azteca, en su momento el más grande del mundo. A partir de ese momento creó una estrategia de promoción de este deporte con un éxito sin precedentes.

Todos los deportes que realizamos de manera popular fueron introducidos por el extranjero, sobre todo de la cultura anglosajona. Estados Unidos, independientemente de los distintos problemas que ha generado en el país, ha sido una positiva influencia para el desarrollo de una mística del deporte que ayuda a mantenernos sanos, trabajar en equipo, tener una disciplina y organizarnos. Y también, por qué no decirlo, a emocionarnos con los Juegos Olímpicos. ■



Foto Especial

Mujeres: De Atenas a París

Los Juegos Olímpicos de París en 1900 marcaron un hito al permitir la participación de mujeres por primera vez, aunque de manera limitada y en disciplinas consideradas 'acordes a la naturaleza femenina'.

Por Melissa García Meraz

Un estudio clásico preguntó a madres y padres de recién nacidos cómo percibían a sus bebés. Los bebés varones fueron descritos como fuertes, activos, enérgicos, independientes y asertivos, mientras que las bebés femeninas fueron vistas como delicadas, lindas, suaves, dóciles, afectuosas, emocionales y fáciles de cuidar (Rubin et al., 1974). Este aparentemente sencillo experimento demostró que las percepciones de género están presentes desde el nacimiento y pueden influir en la manera en que los padres visualizan y crían a sus hijos e hijas. Por otro lado, Williams y Best (1990) mostraron que, de forma generalizada, las personas tienden a ver a los hombres como más dominantes, enérgicos y agresivos.

Además, estudios globales han demostrado que los hombres valoran más

el poder y el logro que las mujeres, lo que contribuye a que ellos ocupen más posiciones de liderazgo (Schwartz & Rubel, 2005; Pratto, 1996).

Dado este contexto del siglo XX, no sorprende saber que, en las primeras Olimpiadas modernas, las mujeres no participaron. Desde su primera edición en Atenas en 1896, con apenas 241 competidores de 14 países en nueve deportes, hasta la próxima cita en París 2024, el evento ha evolucionado de manera significativa. Los Juegos Olímpicos de París en 1900 marcaron un hito al permitir la participación de mujeres por primera vez, aunque de manera limitada y en disciplinas consideradas "acordes a la naturaleza femenina", como el golf y el tenis. Este hecho refleja las percepciones y restricciones de género de la época, las cuales han sido objeto de un largo proceso de cuestionamiento y cambio.

A pesar de las "cualidades" que se han asumido como parte del espectro femenino en contraposición con el masculino, lo cierto es que los patrones están cambiando y las diferencias de género están disminuyendo en muchas sociedades industrializadas. Las mujeres ocupan cada vez más posiciones de liderazgo transformador y relacional, demostrando que existen diferentes formas de ejercer el liderazgo. Y no solo eso, sino que bajo patrones de competencia, las mujeres están demostrando su valía en el deporte.

Soraya Jiménez, la primera mujer mexicana en ganar una medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Sídney 2000, es un ejemplo de cómo las mujeres han desafiado y superado las expectativas y limitaciones impuestas por la sociedad. Desde los 16 años, Soraya se destacó en la halterofilia, rompiendo récords y demostrando que las mujeres pueden competir y triunfar en deportes tradicionalmente dominados por hombres.

Su logro no solo marcó un hito en la historia del deporte mexicano, sino que también sirvió como inspiración para futuras generaciones de atletas femeninas. Lamentablemente, Soraya enfrentó problemas de salud y falta de apoyo económico que llevaron a su retiro pre-

maturo del deporte y, eventualmente, a su fallecimiento. Su historia es un recordatorio de los desafíos que las mujeres aún enfrentan en el deporte y la necesidad de un mayor apoyo y reconocimiento.

De acuerdo con la información del diario *Récord*, en los Juegos Olímpicos de París 2024, más de la mitad de los 109 atletas mexicanos que competirán en 27 de las 32 disciplinas serán mujeres (constituyendo el 58% de la delegación mexicana), participando tanto en pruebas individuales como por equipos, un hecho nunca antes visto en la historia del deporte nacional. Entre las atletas mexicanas se encuentran las ya medallistas Alejandra Orozco (clavados) y Alejandra Valencia (tiro con arco). Alexa Moreno, quién en el pasado enfrentó críticas por "supuestamente no cumplir con los canones más altos de estereotipos femeninos y atléticos". Contrario al pasado, Alexa hoy tiene el apoyo de todos los mexicanos demostrando que tiene todos los atributos femeninos para la competición: fortaleza, dedicación, perseverancia y capacidad entre muchos otros. Este avance es un testimonio del creciente reconocimiento y apoyo a las mujeres en el deporte y una señal esperanzadora de que las barreras de género continúan derrumbándose.

Las Olimpiadas representan no solo una competencia deportiva, sino también una plataforma para desafiar y cambiar las percepciones de género. Una justa donde no solo se compiten con otras naciones, sino con las marcas personales de cada atleta, y, al parecer, con las barreras sociales, culturales y estructurales de cada nación. La pregunta que surge es: ¿cómo podemos reforzar, como sociedad, la participación femenina? Los programas de apoyo, la crianza y la educación de niñas, adolescentes y mujeres deben tener en cuenta estos patrones. Se deben seguir desafiando y cuestionando fuertemente los patrones y estereotipos tradicionales de género. Todos, independientemente del sexo, género o identidad, somos capaces de tener características deseables para un atleta: fuerte, capaz, decidida, tenaz y perseverante y, sobre todo, resiliente. Estas características deben resonar desde el nacimiento de cualquier bebé y, en especial y ante la posible falta, de las niñas.

A medida que nos acercamos a los Juegos Olímpicos de París 2024, recordemos que cada atleta, sin importar su género, tiene el potencial de cambiar la historia y desafiar las expectativas sociales. Para que muchas de ellas lleguen, debemos cambiar como hemos encasillado a los géneros. En última instancia, la verdadera victoria será aquella en la que todos los atletas, hombres y mujeres, compitan en igualdad de condiciones y sean reconocidos por sus méritos y logros, más allá de los estereotipos de género.



EJERCICIO MEJORA LA MEMORIA



El **ejercicio** es una intervención simple que beneficia profundamente la **cognición**. Se demostró que **correr** **incrementa la neurogénesis** (nacimiento de nuevas neuronas) en el **hipocampo**.

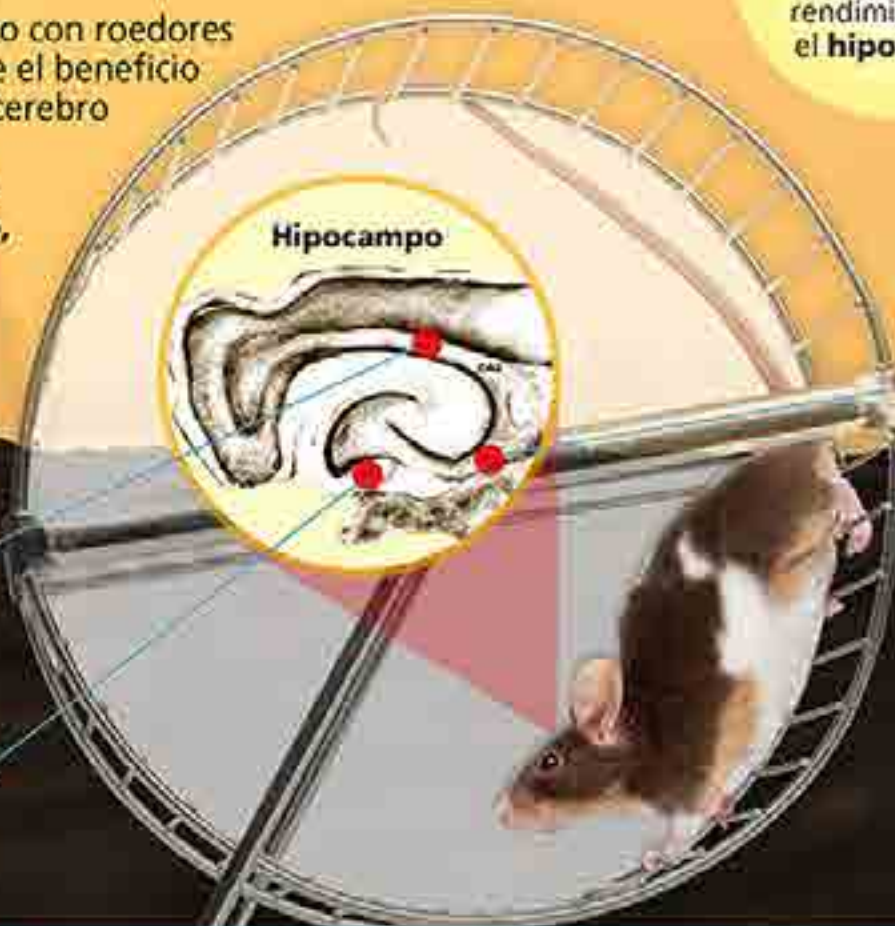
Correr beneficia al **cerebro** y retrasa la pérdida de memoria asociada a la **neurodegeneración**

Esta actividad no solo aumenta el número de **nuevas neuronas**, sino que mejora la comunicación entre ellas

En un estudio se demostró como resultado un **aumento del 1-2%** en volumen del **hipocampo** asociado con el aumento la **memoria**

Existe una relación entre la **catepsina B**, (un factor secretor muscular) y el rendimiento en el **hipocampo**

En un experimento con roedores se **descubrió** que el beneficio de correr para el cerebro está ubicado **principalmente** en el **hipocampo**, incluye tres subcampos:



CA1
Codifica memorias

Giro dentado
Patrones espaciales

CA3
Recuperación de recuerdos

Células en los **núcleos mamilares** que incrementan su inervación con el ejercicio



Roedor en control



Roedor corredor



Peter Norman, héroe sin oro

Por Gerardo Galarza

No hay discusión: los Juegos Olímpicos son el mayor y más importante evento deportivo del mundo: también el mayor espectáculo. Los deportes son, por sí, la mayor competencia entre los humanos y, es evidente, la competencia genera espectáculo.

Ya se ha escrito aquí: son un recreo mundial, símbolo de paz, cada cuatro años desde 1896, cuando se buscó revivir, -antes hubo diversos intentos-, los originales Juegos Olímpicos griegos, que datan de unos 776 años (ocho siglos) antes de Cristo, es decir casi tres mil años.

A lo largo de los más recientes 128 años, es la única competición internacional en la que participan deportistas de todos los países. Desde 1896 ha habido grandes hazañas deportivas, récords impensables, escándalos de todo tipo: por racismo y discriminación; exclusiones, boicots, terrorismo, manipulaciones políticas, *meas culpas* y rectificaciones a destiempo y actos de dignidad humana que llenarían toda una enciclopedia de decenas de tomos, lo que hace imposible incluirlas en un texto de unas cuantas cuartillas como éste.

Sin embargo, cada uno tiene su propia lista de esos hechos, porque los supone trascendentes y los supone impactantes para todos.

El escritor debe confesar que nunca ha asistido a unos Juegos Olímpicos. Es y seguramente será una asignatura pendiente. Pero, a través de los medios de información, de la televisión y la lectura puede "recordar" muchas de esas hazañas relevantes para él.

A puro ejercicio de memoria, lo que implica muchas omisiones, el escritor se permite hacer un recuento que puede ser cuestionado por cualquiera, pero que de inmediato le saltan ante la nueva edición de una Olimpiada.

Para él es imposible evitar el recuerdo de Jim Thorpe, un estadounidense con raíces indígenas, que en los Olímpicos de 1912, en Estocolmo, ganó las competencias de pentatlón y decatón y obtuvo además el tercer lugar en lanzamiento de jabalina, el cuarto lugar en salto de altura y el séptimo lugar en salto de longitud.

El escritor tiene su propio héroe olímpico, que pocos recuerdan y menos conocen ni siquiera aquellos a quienes benefició.

Las crónicas que cuentan aquellos años relatan que el rey Gustavo de Suecia al entregarle sus medallas olímpicas le dijo: "Usted, señor, es el más grande atleta en el mundo".

Un año más tarde, ese muchacho indígena, según se describió a sí mismo, fue despojado de todos los títulos y reconocimientos olímpicos porque se demostró que había recibido ínfimos pagos por haber jugado fútbol americano y beisbol, por lo que fue considerado deportista "profesional" indigno de una Olimpiada, según los cánones de la época.

La causa real fue su origen ético, racismo según el lenguaje de hoy. Thorpe fue además una "estrella" ("crac", se dice ahora) en fútbol americano, beisbol, basquetbol, natación, boxeo, tenis, arquería y también ganó bailes de salón.

Murió en la absoluta extrema pobreza en 1953. En 1982, el Comité Olímpico Internacional (COI) le restituyó sus medallas olímpicas, y en 1999 la Cámara de Diputados de su país lo reconoció como el "Atleta del Siglo de los Estados Unidos".

Otro atleta olímpico estadounidense, negro, eclipsó las Olimpiadas de Berlín en 1936, las de Adolf Hitler, en las que la raza aria buscaba demostrar su superioridad: Jesse Owens ganó las medallas de oro en los 100 y 200 metros, salto de longitud y en los relevos 4 por 100. La leyenda asegura que Hitler se negó a felicitar a Owens, por el color de su piel.

Los Juegos Olímpicos, en 1960 en Roma, fueron la cuna deportiva de Cassius Clay (conocido años después de Mohamed Ali), cuando ganó la medalla de oro de los pesos completos en boxeo.

Aquí mismo en Roma, un escuálido etíope, Abebe Bikila, ganó e implanto récord en la maratón corriendo descalzo porque no tenía para comprar unos tenis y nadie se los proporcionó. Cuatro años después, ya con zapatillas, volvió a ganar esa carrera, que simbólicamente representa a los Juegos Olímpicos.

No es chauvinismo, pero la Olimpiada México, en 1968, es un hito en la historia. Fueron los juegos de los récords, principalmente en atletismo, lo que se atribuyó, para menospreciarlos, a la al-

tura de la Ciudad de México. Pero hubo otros hechos que pasaron a la historia: la revolución en el salto de altura, donde un rubio estadounidense Dick Fosbury saltó, contra los cánones, "de espaldas" para ganar la competencia. Desde entonces, el "estilo" Fosbury es el único en esa competencia.

También octubre de 68, Bob Beamon -otro negro- ganó la medalla de oro en salto de longitud, con un salto de 8.90 metros, 55 centímetros más que el récord mundial. El "salto del siglo" se le llamó, con toda razón, aunque hubo algunos desvergonzados que impugnaron su medición.

En los juegos de 1968 hubo otro hecho histórico: fue la primera vez que una mujer, Enriqueta Basilio, encendió el pebetero olímpico.

Por supuesto que el escritor recuerda muchos hechos olímpicos más que lo emocionaron y lo marcaron: las siete medallas de oro de Mark Spitz en los juegos de 1972 en Munich, en donde también once atletas israelíes fue asesinados por un comando del grupo terro-



Peter Norman, el héroe olvidado.



Beamon. Su 'salto del siglo' en México 68.

A Norman se le impidió competir en los Juegos Olímpicos de 1972, a pesar de haber ganado las competencias eliminatorias: vivió una vida de castigo y desprecio de las autoridades deportivas de su país.



Enriqueta Basilio, la primera mujer en encender el pebetero olímpico.

rista "Septiembre Negro", en plena Villa Olímpica. La marca de Spitz fue superada por el nadador también estadounidense Michael Phelps hasta el 2008 en Pekín.

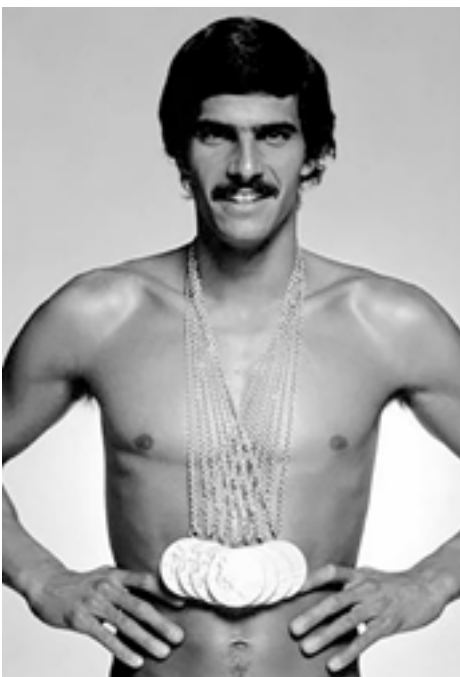
O las calificaciones perfectas de la niña rumana Nadia Comaneci en Montreal 1976.

O lo que usted quiera agregar o lo que sea.

Y lo que vendrá.

Pero, el escritor tiene su propio héroe olímpico, que pocos recuerdan y menos conocen ni siquiera aquellos a quienes benefició.

Ese héroe olímpico de toda la historia se llama Peter Norman, nacido australiano.



Mark Spitz con sus siete medallas.

Peter Norman no ganó ninguna de medalla de oro. Su mayor logro fue una medalla de plata olímpica en México, la destinada al "primer perdedor" o, en el mejor de los casos, el "segundo mejor".

El miércoles 16 de octubre de 1968, en el estadio olímpico de la Ciudad Universitaria de la ciudad de México se corrió la final de la carrera de los 200 metros planos.

Aquella tarde, los negros estadounidenses Tommie Smith y John Carlos ganaron las medallas de oro y bronce en esa competencia. Norman se les coló en medio.

Smith y Carlos habían decidido protestar contra el racismo y apoyar el movimiento del "Power Black", desde el pódium olímpico. En Estados Unidos, su país, los negros luchaban por sus derechos civiles (cómo olvidar a Martin Luther King y a Malcom X); en el mundo, los jóvenes protestaban y actuaban, incluso en México, contra el autotitarismo y lo establecido.

Los dos negros estadounidenses habían acordado hacer pública su protesta y apoyo mediante la utilización de guantes negros en su puño izquierdo, en la ceremonia de premiación. Sin embargo, Carlos había olvidado su par de guantes en la Villa Olímpica. Así que tenían sólo un guante izquierdo y uno derecho y comenzaron a discutir.

Norman los convenció de que usaran el único par de guantes que tenían; les dijo que no importaba si uno de llevaba en el puño izquierdo y el otro el derecho, que lo trascendente era el testimonio. Norman estaba también en contra de la discriminación contra los indígenas en su país.



Abebe Bikila.

Además, él decidió presentarse -en apoyo a sus compañeros rivales- a la premiación mostrando un pegote del Proyecto Olímpico para los Derechos Humanos. Hay dos versiones sobre cómo obtuvo ese pegote: una, que lo consiguió en los vestidores del estadio cuando convencía a Smith y Carlos de que no debían evitar su protesta a falta de un guante izquierdo; la otra, que rumbo a la premiación se lo pidió a otro atleta estadounidense que lo portaba en su uniforme.

El hecho fue que, al momento que se escuchó el himno de los Estados Unidos Smith y Carlos levantaron sus puños enguantados en negro (Smith, en el derecho y Carlos en el izquierdo) y agacharon sus cabezas; Peter Norman se mantuvo impassible, con su rostro en alto con aquel pegote en su pecho, como lo llevaban sus competidores.

Al día siguiente, los tres atletas fueron expulsados de la Villa Olímpica e ignominiosamente regresados a sus países. Los tres sufrieron la denigración y el ostracismo. A Norman se le impidió competir en los Juegos Olímpicos de 1972, a pesar de haber ganado las competencias eliminatorias: vivió una vida de castigo y desprecio de las autoridades deportivas de su país.

Más todavía. Llegaron los tiempos de la corrección política, y la Universidad de California, de la que Smith y Carlos habían sido sus atletas, les levantó un monumento en su campus de San José: un pódium olímpico con los dos negros levantando su brazo de protesta, pero en el espacio del segundo lugar no hubo nadie, como si no hubiera existido.

También en su país, Norman seguía olvidado.

En el año 2000, durante la inauguración e los Juegos Olímpicos en Sydney, Australia, el Comité Olímpico de los Estados Unidos invitó a Norman a desfilarse con su delegación, como reconocimiento a su gesto de 1968. Peter Norman murió en el 2006 y Tommie Smith y John Carlos viajaron a Australia para cargar su féretro.

La hazaña olímpica del 16 de octubre de 1968 de Peter Norman no tiene, a juicio del escritor, parangón alguno.

Por ello, contra los cánones, el escritor lo considera su máximo símbolo de los Juegos Olímpicos.

En su memoria tiene y también en su estudio, una copia de fotografía original -rescatada del archivo del periódico *Excelsior*- del aquel pódium de premiación los 200 metros planos en la pista de Ciudad Universitaria con tres héroes de la lucha por los derechos humanos de los negros, que muy pocos recuerdan, apoyada por un "blanquito", quien con ello ganó la mejor medalla de oro.

Fue hasta el 2019, 51 años después de su gesto solidario, que en Melbourne, Australia, se levantó una estatua en su honor.

En 1968, el escritor tenía 12 años y muy pocas luces políticas, pero el recuerdo es imborrable. Hoy ante los nuevos Juegos Olímpicos que registrarán muchas nuevas hazañas de todo tipo, ese recuerdo es imprescindible.

¡Gloria a Peter Norman!



Peter Norman, Tommie Smith y John Carlos. Puños en alto.



Torre Eiffel de chocolate, por el pastelero francés Amaury Guichon.

Mis recuerdos olímpicos

Por Ernesto Lee

No obstante que yo no practico deporte alguno, siempre me ha gustado ver las competencias y puedo decir los años y ciudades en los que se han realizado Juegos Olímpicos, a partir de México 1968. Desde entonces, cada olimpiada me ha dejado algún recuerdo imborrable.

Aquí mis recuerdos:

México 1968. Vera Caslavská, gimnasta checoslovaca, haciendo su rutina de gimnasia artística con la música del "Jarabe tapatío" y su boda multitudinaria en la Catedral Metropolitana, era la "novia de México".

Munich 1972. El ataque terrorista del grupo palestino "Septiembre Negro", que cobró la vida de 11 deportistas

israelíes, un policía alemán y 5 miembros del comando palestino. Era la primera vez que un ataque terrorista era transmitido en vivo por televisión a todo el mundo.

Montreal 1976. Nadia Comăneci, gimnasta rumana de tan solo 14 años, que logró lo que nadie había hecho antes: una calificación perfecta, 10. Los tableros no estaban preparados para tal cosa y marcaron 0. También fueron los primeros Juegos Olímpicos que sufrieron un boicot. No participaron 32 países, principalmente de África, a los que se sumó China.

Moscú 1980. ¡París! Sí, ese verano lo pasé en la Ciudad Luz. Solo pude ver fragmentos de competencias en televisores de restaurantes y cafeterías. Pero estas olimpiadas también habían perdido interés por el boicot que los Estados

Unidos había encabezado a raíz de la presencia militar de la Unión Soviética en Afganistán. Al boicot se sumaron, entre otros países, Alemania Occidental, Canadá, Japón, Argentina y nuevamente la República Popular de China.

Los Ángeles 1984. Ernesto Canto y Raúl González, mexicanos, ambos medalla de oro en caminata de 20 km y 50 km, respectivamente. Verlos llegar a la meta emocionó a todo México.

Seúl 1988. Florence Griffith Johnson, corredora estadounidense, ganadora de tres medallas de oro, en 100 y 200 metros planos y en relevos 4 x 100. Demostró que el deporte y el estilo no están reñidos. También me recuerda a mi amigo coreano que, un año antes de que tuviera lugar, me regaló un llavero con el logo de esa olimpiada.

Barcelona 1992. La inolvidable ceremonia de inauguración en la que el arquero Antonio Rebollo lanzó una flecha encendida con la llama olímpica que cruzó el aire y prendió el fuego del pebetero. No importa si fue arreglado, la magia funcionó. Los primeros Juegos Olímpicos sin boicot y con la participación de una Alemania unificada y 15 países diferentes en lugar de la URSS.

Atlanta 1996. Dos momentos me impactaron: Muhammad Ali, con evidentes signos de Parkinson, encendiendo el pebetero durante la ceremonia de inauguración y días después la explosión en el parque contiguo al centro olímpico, que causó la muerte a dos personas y muchos heridos.

Sidney 2000. Soraya Jiménez y su medalla de oro para México en halterofilia. Ian Thorpe, australiano de tan solo 17 años, que ganó 3 medallas de oro y dos de plata, venciendo en natación a los norteamericanos.

Atenas 2004. ¡Atenas! Unos años antes visité Grecia, que ya hacía preparativos para los Juegos Olímpicos. Michael Phelps saltó a la fama al ganar 6 medallas de oro y dos de bronce en natación.

Beijing 2008. Para los chinos el 8 es el número de fortuna y buenos auspicios, por eso la inauguración de los Juegos Olímpicos tuvo lugar el día 8 del octavo mes a las 8 de la noche con 8 minutos. Usain Bolt rompió el récord mundial en la carrera de los 100 metros planos y ganó 2 medallas de oro. ¡Michael Phelps se llevó 8 (número mágico de estas olimpiadas) medallas de oro!

Londres 2012. El genial arribo a la ceremonia inaugural de la Reina Isabel II, acompañada de James Bond (Daniel Craig), aventándose en paracaídas desde un helicóptero. Nuevamente destacaron Michael Phelps, que obtuvo 4 medallas de oro y 2 de plata, y Usain Bolt, que ganó 3 de oro.

Río 2016. Michael Phelps se llevó 5 medallas de oro y una de plata, acumulando 23 medallas de oro en 3 olimpiadas, para un total de 28 contando las de plata y bronce. Algo prácticamente imposible de igualar.

Tokio 2020. Estos Juegos Olímpicos serán siempre recordados porque se realizaron un año después de lo previsto a causa de la pandemia de Covid 19. Una amiga resumió el espíritu de esta olimpiada: "No cabe duda que Dios sabe lo que hace, solo en Japón se podían llevar a cabo los Juegos Olímpicos cumpliendo con todas las normas y respetando todos los protocolos para una participación ordenada de competidores y público". Aunque prácticamente todas las competencias fueron en estadios vacíos.

París 2024. Estos Juegos Olímpicos son un gran reto para los organizadores pues querrán superar las ediciones previas, en todos los aspectos. Desde antes del inicio de las competencias hay una excelente campaña de promoción de la cultura francesa. Sobre un videoclip en donde un repostero crea una Torre Eiffel de más de dos metros de altura hecha de chocolate, un amigo me escribió: "Creo que es lo único de las Olimpiadas que veré con interés". Yo solté una sonora carcajada.

"Sobre un videoclip en donde un repostero crea una Torre Eiffel de más de dos metros de altura hecha de chocolate, un amigo me escribió: 'Creo que es lo único de las Olimpiadas que veré con interés'. Yo solté una sonora carcajada"

Por Ivonne Melgar

La primera vez llegue literalmente en ayunas. Era de madrugada. Martín y yo nos trasladamos del sur de la Ciudad a Paseo de la Reforma en taxi, sin ninguna restricción. Nos bajamos por la Iglesia de San Hipólito y caminamos felices hasta el Monumento a Colón.

Cuando digo en ayunas me refiero a mi ignorancia infinita entonces sobre el mundo de los corredores, aunque durante una docena de años escuché en los pasillos del gimnasio sobre las vicisitudes de quienes trotaban en la banda sin fin.

Incluso alguna vez intenté imitar a quienes correteaban esa máquina con disciplina, pero pronto el rebote en una rodilla me desanimó, acaso por los relatos de las mujeres que al tiempo que se regodeaban contando de sus buenos tiempos y distancias, lamentaban sus dolencias y programadas intervenciones quirúrgicas.

Pero ese domingo de un mes de julio o agosto, quizá de 2008, 2009, decidí que nunca más dejaría ir solo a mi amadísimo esposo cuando hiciera una carrera. Y menos tratándose del medio maratón de la CDMX.

Martín se había animado a correr cuando nuestro hijo Santiago comenzó a hacer lo propio en Ciudad Universitaria, los fines de semana, y posteriormente en la pista de Villa Olímpica. Pero lo que comenzó como una práctica de acompañamiento se tornó en un gozo.

Clavada en la adicción del reporteo al que me he dedicado, no dimensioné en un principio lo que significaba aquella nueva rutina familiar, al grado que en su generosidad de padre y pareja consentidora ni siquiera nos despertó el primer Día del Padre que hizo los 21 kilómetros con los corredores del bosque de Tlalpan.

Cuando me di cuenta de aquel imperdonable abandono, resolví que siempre que me fuera posible estaría ahí, entre la porra.

Vinieron a partir de entonces muchas carreras de 5, 10, 15, 16, 21 y 42 kilómetros, siendo mi preferida la de Las Estaciones, supongo que por la luz de la madrugada capitalina en el poniente chilango o quizá porque todavía se aleja -aunque cada vez menos- del carácter masivo que hoy tienen estas experiencias, al grado de que no hay manera de llegar en carro a la zona del arranque en el caso del Maratón CDMX.

Todavía recuerdo la angustia tonta de madre muégano que padecí la primera ocasión en que padre y ambos hijos corrieron una ruta que tiene su salida y

Viendo a los maratonistas pasar

Debí desde aquellos días seguir un diario como acompañante de corredores, de esa plenitud que se transpira en sus rostros cuando van llenos de oxígeno, potencia y voluntad, y de esa inocultable tristeza cuando algún tropiezo descarriló las expectativas.

su meta en el Museo de Antropología. Y me puse nerviosa porque, según yo, Santi tardaba mucho.

Aunque debo decir que hubo un par de sábados en que nos quedamos mi hermana Gilda y yo en casa, preparando las viandas, mientras nuestros galanes hacían una carrera nocturna en Ciudad Universitaria.

Pero lo mejor estaba por venir. Porque en plena pandemia, Sebastián resolvió romper con aquel sedentarismo que había elevado nuestras ingestas de carbohidratos densos, saliendo a correr por la despejada CDMX de los días del confinamiento.



Foto: pexels-Cottonbro estudio

De modo que cuando volvimos a la normalidad, el medio y completo maratón de nuestra Ciudad se volvió parte de la familia.

Ahora pienso que debí desde aquellos días seguir un diario como acompañante de corredores, de esa plenitud que se transpira en sus rostros cuando

van llenos de oxígeno, potencia y voluntad, y de esa inocultable tristeza cuando algún tropiezo descarriló las expectativas.

O más frustrante aun: pensar que grabaste el video en que gritas *muchas felicidades amadísimo hijo Santiago* y darte cuenta muy tarde que no le hiciste clic.

Y la lista de posibles contratiempos se agranda conforme una va acumulando la crónica de los kilometrajes ajenos: el empuje del pie derecho lastimado; una caída a unos pasos de la meta porque un corredor indolente hizo que su esposa doblemente indolente incorporara a sus dos niños pequeños en medio de los participantes para entregarle un papelito al papá; y, por supuesto, los calambres, infaltables, según cuentan ellos, pero a veces ligeros y en otras ocasiones tan persistentes como el deseo de terminar la carrera a pesar de todo.

Confieso que a mí se me salía el corazón la primera vez que Sebastián hizo el maratón capitalino porque a la altura del Ángel de la Independencia, por el kilómetro 35, esperándolo con nuestro globo gigante, Santiago y yo pudimos advertir ese rictus de que estaba padeciendo. Y la duda siempre de pánico: ¿será el muro?, como le llaman a esa pared física y mental que les impide seguir.

Lo esperamos en el Sanborns de Los Azulejos y fueron eternos los minutos mientras sabíamos de él que, claro, necesitó casi una hora para recuperarse. Pero ya juntos, todo fue besos, abrazos y ese consciente y emotivo instante en que una puede pedirle a la cámara fotográfica de la memoria que tome esa imagen para siempre como emblema de la felicidad construida, esa postal que necesitamos para comprender las veleidades de la vida.

Puedo presumir a estas alturas de mi registro como acompañante de corredores que ya sé distinguir cuándo todo ha empezado muy bien en el kilómetro 8; si el panorama pinta conforme a lo previsto en el 21; o si las zancadas en el 36 son un anuncio de que habrá que prepararse para la entendible desazón del corredor por haber realizado un tiempo mayor al del maratón anterior. Ahora bien, para una esposa y madre de corredores, las preocupaciones y los disfrutes en torno al gran acontecimiento no se concentran ese día, porque inician y se manifiestan a lo largo de todo el entrenamiento disciplinado y extenuante, sobre todo en esos domingos en que les tocan las sesiones largas preparatorias de hasta 32 kilómetros y una está en casa esperando que lleguen con el Jesús en la boca.

O cuando salen a su rutina diaria a altas horas de la noche sobre Avenida Insurgentes. O si avisan: "Regreso como en cuatro horas porque no sé a dónde voy a terminar". Y una no puede hacer más que rogarle que se cuide y darles la tarjeta del transporte público.

Siendo justa, la cultura, usos y costumbres, sueños y aspiraciones de los corredores conlleva placeres inusitados: el banquete, una vez que se han recuperado, y en el que los miras devorar como naufragos los antojos esperados después de al menos una semana de restricciones alimenticias porque cuidado con las grasas, los picantes y el alcohol.

O la invitación de los competidores a ser una acompañante en Nueva York, Chicago o Boston, tres de las grandes sedes para los maratonistas, donde, como sucede en la CDMX, hay que marcar en el día previo cuáles serán los tres o dos puntos donde los veremos pasar.

Y eso sí que resulta estresante: tomar uno o dos trenes; o transbordar hasta en tres ocasiones para llegar a tiempo a los puntos acordados; y lo peor: bajarse antes o después. O más triste: perderse y ofuscarse mientras imaginas que te perderás el momento climático de decirles que los amas en el kilómetro 40 y, peor aún, no conseguir la grabación de esos instantes en que la gloria está con ellos y, por supuesto, contigo.

Por eso, una de mis crónicas preferidas es esa en la que camino al punto de encuentro de los corredores en la Ciudad de Chicago, narrando el tiempo de sueño que hizo nuestro amadísimo Sebastián -2 horas con 37 minutos-, registrando las imágenes del Grant Park y de ese momento en que el maratonista luce fresco, contento, realizado, agradecido, y los cuatro nos fusionamos en un abrazo de eternidad.

Los XIX Juegos Olímpicos en mi memoria

Por Patricia Vega

Fue tan traumática esa experiencia social que durante mucho tiempo mis recuerdos del año de 1968 estuvieron ligados únicamente a la manzana con la que culminó el movimiento estudiantil del 68.

Durante años borré de la memoria toda evocación concerniente a la parte lúdica de la historia mexicana de ese mismo año: la ciudad de México como sede de los XIX Juegos Olímpicos, lugar que no ha vuelto a ocupar nuestro país.

Esa es la razón, de fondo, por lo que nunca he escrito de esos Juegos Olímpicos; así que la invitación a hacerlo ha sido un magnífico acicate para activar mis remembranzas a los once años y su reelaboración 56 años después.

Con los ojos bien abiertos empecé a apropiarme de una ciudad y su entorno que en esta ocasión rememoro, a la manera juguetona de Me acuerdo, el influyente libro de Georges Perec, uno de los escritores más importantes de la literatura francesa del siglo XX.

Proveniente de mi tierra natal, Tijuana, llegué a vivir a la entonces Ciudad de México en 1967. Con los ojos bien abiertos empecé a apropiarme de una ciudad y su entorno que en esta ocasión rememoro, a la manera juguetona de *Me acuerdo*, el influyente libro de Georges Perec, uno de los escritores más importantes de la literatura francesa del siglo XX. Empecemos:

Me acuerdo de que leí que en 1963 México obtuvo la sede de los siguientes Juegos Olímpicos, compromiso internacional que por primera vez adquiriría un país latinoamericano, perteneciente al entonces llamado "Tercer Mundo".

Me acuerdo de que nuestro país se esforzaba por entrar de lleno a la modernidad y por colocar a la Ciudad de México entre las capitales cosmopolitas del mundo.



Olimpiadas culturales del 68.

Me acuerdo de que al transitar por el periférico veía desde el auto el avance de la demolición de lo que fue el Hospital Psiquiátrico de La Castañeda —la decadente "casa de los locos"— inaugurado durante el porfiriato. Su lugar fue ocupado por las entonces modernas unidades habitacionales Torres de Plateros y Torres de Mixcoac, caras más "amables" de una ciudad en plena transformación.

Me acuerdo de haberme enterado de que el Comité Olímpico Mexicano fue presidido por el destacado arquitecto Pedro Ramírez Vázquez y de que su segundo de abordo fue el abogado Alejandro Ortega San Vicente. Jamás imaginé que muchos años después, cuando realicé mi servicio social en Cd. Lázaro Cárdenas, Michoacán, ambos serían mis jefes.

Me acuerdo de que con un rezago temporal importante que puso en riesgo la sede para México, se inició la construcción de nuevas instalaciones como la alberca olímpica y el gimnasio Juan de la Barrera, el Palacio de los Deportes Juan Escutia, el Velódromo Olímpico Agustín Melgar (ubicado en la ciudad deportiva Magdalena Mixuca), la remodelación del Estadio Olímpico de Ciudad Universitaria y, por supuesto, la construcción de los 21 edificios de la Villa Olímpica. Otras edificaciones que ya existían y que se les dio una mano de gato para ser usadas durante las competencias deportivas fueron: el Teatro de los Insurgentes, la Arena México, el Auditorio Nacional, por mencionar algunos ejemplos.

Me acuerdo del hipnótico, geométrico, limpio y hasta psicodélico logotipo de

las olimpiadas con la sintética frase "México 68". El lema no se me ha olvidado: "Todo es posible en la paz". El afortunado diseño gráfico se reprodujo miles de veces en toda la ciudad, en los uniformes de las edecanes olímpicas y una gran cantidad de objetos destinados a la memorabilia, como vasos, ceniceros, tarjetas, folletos y un largo etcétera.

Me acuerdo de que mi prima Vina Ramírez Salcedo, llegó desde Estados Unidos a casa para asistir a los distintos eventos deportivos. En un paseo en automóvil, le dijo a mi mamá con gran emoción "tía, tía, ahí están los aletas" y mi madre, desconcertada, le preguntó: "¿aletas?, ¿de qué me hablas?" y la reprendió por no hablar correctamente el español.

Me acuerdo de que además de llevarnos a las competencias, íbamos en peregrinación hasta la Villa Olímpica para participar en los tours para conocer a los atletas que se prestaban a ello. Yo me dedicaba a intercambiar pines —escuditos les decíamos— que iba colocando en un sombrero y guardé durante años unos apestosos tenis que pertenecieron a un maratonista keniano. Mi prima tuvo mejor gusto: se ligó a un boxeador argentino.

Me acuerdo de que en las Olimpiadas del 68 nació mi gusto por la equitación, deporte que practiqué durante la secundaria. En mi vida de ese entonces no había nada más importante que el salto a caballo. Mi madre consideró que yo era muy joven para decidir dedicarme a la equitación y me conminó a terminar mis estudios para tomar una decisión de esa naturaleza.

Muchos años viví con el trauma de no poder dedicarme a lo que, en el fondo, anhelaba. Después de vejez, viruelas: años después, regresé, por terca, terca y terca, a la equitación a los veintitantos años; tuve un accidente del que felizmente pude recuperarme, pero cada que me acercaba a un caballo producía tal cantidad de adrenalina que los encabritaba. Así acabaron mis andanzas como caballista.

Me acuerdo de que las Olimpiadas Culturales de México fueron espectaculares y que cumplieron sobradamente el cometido de mostrar que la riqueza cultural mexicana iba mucho más allá de los sombreros de charro y los sarapes. Aunque ya había asistido a algunos eventos artísticos y culturales, debo al concierto del francés Maurice Chevalier mi primera asistencia a la sala de conciertos del Palacio de Bellas Artes.

Me acuerdo de que un año después, en 1969, en el cine Latino vi la película documental *Olimpiada en México* del nadador olímpico convertido en cineasta Alberto 'El Güero' Isaac, una proeza fílmica para su tiempo.

Me acuerdo de que la gimnasta checa Vera Caslavská nos robó el corazón al convertirse en la "novia de México" cuando contrajo matrimonio con el atleta Josef Odiozil en una ceremonia multitudinaria realizada en la Catedral Metropolitana, un día antes de la clausura de los Juegos Olímpicos.

Ay, se me acaba el espacio y me quedan en el tintero otros 300 "me acuerdo".

Por Mariana Leñero

Yo le voy a los perdedores

Ahora que estamos presenciando las Olimpiadas en París, me acuerdo del gusto de mi padre por ver cualquier deporte: colegial, profesional, individual, en equipo, con pelota, sin pelota, en pasto, en agua... Me parecía interesante, que fuera lo que fuera, a él le gustaba apoyar al equipo o al país que tenía pocas esperanzas de llevarse una medalla o a los atletas más débiles. Él decía que era fácil irle a los que iban ganando, pero que el verdadero drama comenzaba con los perdedores, ahí estaba la emoción.

Incluso escribió una obra de teatro con ese nombre, *Los perdedores*. Historias tristes donde uno escuchaba los pensamientos y las desgarradoras historias de los atletas, perdón, los perdedores, que competían en diferentes disciplinas como boxeo, fútbol, atletismo y baloncesto.

—¿Qué no pudiste elegir en alguna de las historias un final un poquito menos triste?— le reclamé después de ver la obra. Pero mi padre solo me sonreía.

Creo que esa forma en que mi padre disfrutaba las olimpiadas no era solo por casualidad, sino que se alimentaba de su espíritu periodístico. Un espíritu sediento de chisme y drama, mostrando el deporte y el fracaso como una metáfora de la realidad social y política de los países débiles, los menos afortunados, los que no siempre tienen los recursos y las oportunidades de los otros atletas. No se puede negar que a todos les ha costado un montón llegar ahí, pero a nuestros perdedores (uno acababa adoptándolos por el simple hecho de creer en ellos), el esfuerzo es monumental, guerreros dispuestos a morir enfrente de todos.

En la vida real, en mi casa, practicar algún deporte no figuraba en la lista que tenían mis padres de pendientes para incluir en nuestra formación. Por ahí cada una teníamos una que otra fortaleza pero, así como un talento atlético, no. Eugenia la gimnasia, a Estela e Isabel el fútbol americano y a mí se me daba el correr y la natación, pero muchas veces las clases eran a la hora del trabajo de mis padres por lo que terminé desertando. Pero eso sí, se nos alentaba a leer, a tomar clases de pintura, ir a museos, al cine y al teatro.

En el caso de Ricardo, su familia lo proveía de mayores experiencias deportivas. Por ejemplo, en Semana Santa, el tío Alejandro y el tío Luis organizaban las famosas Olimpiadas de Cuautla que se repetían cada año. Tanto chicos como grandes competían en diversas disciplinas deportivas. Cada competencia era planeada con un sentido

de logística impresionante, acompañada de humor y originalidad: tiro de escoba, lanzamiento de piedra, penaltis, natación nocturna, maratón... Las medallas, corcholatas aplastadas de bronce, de plata y de oro, se entregaban en una ceremonia donde todos debían ir disfrazados. La celebración final se acompañaba de proyecciones de fotos de las olimpiadas anteriores y entre cantos, gritos y abrazos, perder y ganar eran parte de la fiesta misma.

Como matrimonio de muchos años, he escuchado tantas veces las anécdotas que a veces creo haber participado en ellas. Siempre me sorprendió escuchar sobre el gusto y compromiso del tío Alejandro por organizar y mantener la tradición. Con el tiempo comprobé que el amor con lo que lo hacía tenía un sentido mayor, pues lo vivido en las olimpiadas se convirtió en la esencia de la familia: lazos tan fuertes como invisibles que no se rompen sino se estiran, corren, saltan, echan porras, gritan, pierden, ganan, celebran y con el tiempo les recuerda que pueden regresar ahí y encontrarse cuando se sienten perdidos.

Cuando nacieron nuestras hijas Ricardo y yo coincidimos en que sería maravilloso que Regina y Sofía practicasen y se pudieran enamorar de algún deporte. Cualquiera, soccer, voleibol,

básquet, tenis, natación, atletismo... No pedíamos mucho, ni aspirábamos a que participaran en las Olimpiadas, ja. Creíamos que con disciplina y mucha porra, florecerían en ellas destrezas deportivas elementales: dominar el balón, fortalecer el tino, aprender el revés, dispersar el miedo y llegar a la meta.

Las medallas, corcholatas aplastadas de bronce, de plata y de oro, se entregaban en una ceremonia donde todos debían ir disfrazados.

Lamentablemente, por más práctica y gusto que les inculcábamos, no se les veía un buen futuro. Parecía que los genes de Ricardo y los míos, compartidos en la mesa de la concepción, no eran lo suficientemente fuertes para cambiar su destino en el drama deportivo. Mientras seguíamos intentando, el gen de la sociabilidad, el del entusiasmo y la creatividad comenzaban a desarrollarse cada vez mejor. Así que,

mientras el gen atlético seguía jetón, los otros estaban en chinga trabajando durante los entrenamientos y los partidos. Mis hijas inventaban porras y bailes para animar a las jugadoras, decoraban creativamente los uniformes y festejaban desde las gradas como si ellas hubieran anotado o ganado el punto. Se volvieron expertas en apapachar a la que se había caído, o animaban a la triste y le seguían el juego a la que no sabía perder o a la líder mandona. Perdedoras no eran y ocupaban un lugar especial, pero fuera de la cancha.

Ese papel terminó por enfadarnos y mandamos los deportes a la chingada. Quizás nos tardamos en tomar la decisión, pero la tomamos. Ahora cada uno ha elegido practicar los deportes que nos hacen felices, o también no practicarlos. Sabemos que necesitamos hacer un esfuerzo mayor para despertar los genes atléticos que habitan en nosotros. Pocos, pero valientes, se animan a competir, aunque a veces pierdan.

Yo le voy a los perdedores porque en ellos habita el drama y nos recuerdan que hay medallas más valiosas, como las del tío Alejandro, que representan el valor mismo de los lazos familiares que te sostienen en las olimpiadas de la vida.





Foto Especial

Barras y músculos.

Por Alejandra Ojeda

Hubo un tiempo en mi vida en el que habría dado lo que fuese por ser más chiquitita. En todos los sentidos, más baja, con menos cuerpo, fácil de agarrar, manejable. Todos mis músculos, huesos y órganos –si es que quedaba algo de ellos– debían caber en las manos que al colocarlas juntas hacen un hoyito. Donde los niños meten los saltamontes que capturan para enseñárselos orgullosos a sus padres. Yo quería que me acunaran y que me acariciaran la cabeza con la yema del dedo pulgar.

Pero siempre fui bien grande, gigante para los ojos de los niños que tenían novias en la clase y demasiado difícil de achuchar para mis tíos que decían que no comiese tanto. Yo sentía cómo al caminar el suelo retumbaba, se fracturaba y la lonchita de queso que yo me había comido aquel día pesaba en mi estómago y me hundía hasta esconderme en el núcleo más núcleo del fondo de la tierra.

Hice de todo por quedarme reducida a una mota de polvo, un cuerpecillo por el que ya no corre la sangre y no pesa lo suficiente para que funcione la gravedad. Mi madre, desde el suelo me gritaba que dejase de volar, que me perdía, que me perdía, y mis amigas corrían detrás de mí, cada vez más cerca porque ya era casi imposible encontrarme en el aire, de lo chiquitito, chiquitito, que se había quedado mi espíritu y mi cuerpecillo.

La psicóloga me prohibía hacer ejercicio pero yo en un rincón de la habitación a oscuras veía videos de Patri Jordan, hasta que un día mi hermano me vio por el agujerito de la cerradura y le supliqué que por favor por favor no se lo dijera a mamá. Él no me hizo caso y le fue llorando con el cuento. Me

Ni un músculo pegado al cuerpo

quitaron el móvil y yo empecé a correr de aquí para allá: “salgan ustedes que ahora les alcanzo”, le decía siempre a la gente y yo aprovechaba y corre que te corre, llegaba sudando a todos sitios. Lanzada por la carretera iba cada vez más rápido porque el insoportable peso que arrastraba mi cuerpo fracturaba las baldosas de la calle y si no iba rápido puede ser que acabase cayendo en el abismo del espacio, junto a todas las mujeres grandes, las de la espalda y los brazos fuertes, la barriga echada palante y las manos de obrero.

Con el deporte siempre estaba huyendo, huía como todas esas mujeres a las que les han dicho que al cardio se va porque hay algo que destruir, y acaban reducidas a lo común, a la base de lo humano que nada deja de espacio para las caras o los nombres: Juliana, María, Marta, Rosa, Elsa, Olivia, Yazmina, Fernanda, Antonia, Daniela, Angustias, Dolores, Soledad, Socorro. Y a la vuelta se quedan las lágrimas

empapando la ropa sobre la pesa colocada en la esquinita del baño y la cinta de medir cosida a la cintura a la que ya no se le ven los números de tanto marearla con los dedos temblorosos.

Yo fui así hasta que buscando y buscando por youtube rutinas de ejercicios me encontré con el video de una chica. Tenía la espalda ancha y fuerte como mi hermano y los brazos tan grandes que podrían levantar a tres como yo. Contó cómo volvió a comer gracias al deporte y que ahora le encanta su cuerpo y que los espaguetis le volvieron a saber a espaguetis.

Ella estaba en las barras de los parques con todos los niños haciendo piruetas y retos por ver quién era mejor. Hacía tutoriales de dominadas y flexiones y decía que te iba a enseñar a ser tan fuerte como una mujer. Entonces me vi a mí, tan chiquitita, no me quedaba un músculo pegado al hueso. Ella, en cambio, quería crecer, ocupar espacio,

explotar su cuerpo para ver todo lo que era capaz de hacer con él.

Así que, ese día, cuando salí a correr, me fijé, por primera vez, en lo que mis piernas estaban haciendo, en la forma en la que se tensaban y destensaban. Vi que sí que tenía músculos y que estaban luchando contra la piel para poder salir. Necesitaban comida, algo de energía o sólo la sensación de que podían estar ahí. Después de más de un año corriendo a cada rato, sólo podía alcanzar los 6 minutos sin parar y mi cuerpo, que tanto me había estado trabajando, era una absoluta mentira. No era mi barriga, ligera, marcada por la costilla, ni los dedos finos como de pianista, a mi cara le faltaban los mofletes y a mi espalda algo de firmeza, de saber estar y tener ganas de achuchar.

Empecé, como la chica del video, a ir a las barras del parque de debajo de mi casa, que de casualidad es uno de los centros de calistenia más famosos de Madrid. Los niños me enseñaron a hacer mis primeras flexiones y dominadas, me decían que estaba muy flaca que me faltaba carne. Y yo, que al principio tenía miedo de que la barra se rompiera al no poder soportar mi monumental peso de gigante, me empecé a sentir más ligera. A medida que mis bíceps y tríceps se marcaban, la sangre volvía a correr por mis venas y la gravedad me ponía las piernas en su sitio, yo iba volviendo a reconocer un cuerpo en el espejo –el mío, parecía ser–.

“Con el deporte siempre estaba huyendo, huía como todas esas mujeres a las que les han dicho que al cardio se va porque hay algo que destruir, y acaban reducidas a lo común, a la base de lo humano que nada deja de espacio para las caras o los nombres”.

Nadie como Nadia

Por Leticia Robles de la Rosa

Estoy segura que en todo el mundo existe una generación de mujeres que cuando fuimos niñas o adolescentes en los setenta nos sentimos con las ganas de ser gimnastas y llenamos las calles del mundo con piruetas en busca de ser como la mujer que se convirtió en nuestra ídolo: Nadia Comaneci.

Para una niña de primaria cuando la noche 18 de julio de 1976 la pantalla del televisor de mi casa me mostró a una niña muy delgada, con un leotardo blanco, con rayas paralelas en los costados de su uniforme; llena de músculos, con una coleta y un fleco que de pronto tapaba su mirada entre triste y tímida.

Su participación en la competencia de barras paralelas me dejó boquiabierto. ¿Cómo era posible que un ser humano hiciera eso en dos barras y lo hiciera ver tan fácil? Luego, vi cómo el gimnasio se silenciaba atónito al ver que la calificación era 1.00 y cómo estallaba de júbilo cuando fue necesario explicar que se trataba de un 10, pero como jamás ninguna gimnasta había obtenido un 10 en una competencia, pues los jueces tuvieron que improvisarlo.

Recuerdo que sentí una emoción que nacía del pecho y que jamás había experimentado. Una emoción como si fuera yo quien había logrado ese 10 perfecto.

Así es el primer recuerdo que tengo de las Olimpiadas, las de Montreal, Canadá, de 1976, que desde el 18 de julio sólo tuvo un gran atractivo para mí: volver a ver a Nadia Comaneci.

Y la vi después en la competencia de salto de caballo, como se llamaba entonces. Ella logró el oro. Uff, pero la competencia en la barra de equilibrio fue casi como una fantasía. Qué manera de guardar el equilibrio. Qué manera de coquetear consigo misma para mostrar que amaba lo que hacía. Qué manera de entrar y salir de la barra. Y otra vez el júbilo por el oro obtenido.

Ah, pero aún me faltaba verla en la prueba de piso. ¡Válgameeeeeee! Qué impresionante. Qué graciosa. Qué femenina. Qué musculosa. Qué ágil. Ahí, ganó el bronce, pero para mí ese pasito final, en el que dejaba caer la mano para poner a su rutina fue de ensueño. Y ahí tomé una decisión: yo quería ser como Nadia.

Entonces, en el primer momento posible, me fui al deportivo Eduardo Molina, que estaba a tres calles de mi casa. Ahí pregunté quién podía enseñarme a ser gimnasta. La persona que me atendió, que era una entrenadora, me explicó que por el momento no había instructores de gimnasia en el deportivo, pero que yo ya estaba muy grande para empezar a ser una gimnasta como Nadia.

Me dijo que Nadia tenía 14 años, pero que desde los nueve años ya había co-

menzado a competir, porque había empezado muy, muy pequeña y yo, con 10 años a cuestas, era demasiado mayor para comenzar.

Ah, qué rabia. Recuerdo que caminé por los jardines del Molina con la cabeza baja y pensando en lo terrible que era no haber sabido antes que existía la gimnasia. Pensaba que mi afición al atletismo estaba equivocada. Que yo debía ser gimnasta, pero pues ni modo. Ya era muy vieja.

Pero mi gran frustración no impidió que yo usara el pasto de Molina para emular a Nadia en su rutina de piso, como tampoco que las orillas de las jardineras fueran mi barra de equilibrio y que los tubulares de la sección de columpios me sirvieran para, según yo, colgarme y balancearme, como si fuera ella, mi ídolo.

Pronto descubrí que el entusiasmo generado por Nadie no era de mi exclusividad. Resulta que en la televisión se dio un boom. Televisa e Imevisión, hoy TV Azteca, comenzaron a darle seguimiento a su carrera. Los campeonatos en los que participó eran reportados en México, con imágenes que nos dejaban ver su grandeza.

¡Ah!, y luego se hizo muy famoso el Tema de Nadia, que en realidad se llamaba Cotton's Dreams, compuesto por Barry de Vorzon y Perry Botkin, entonces fui muy insistente en pedirle a mi madre que, por favor, me comprara el disco. Lo necesitaba. En ese tiempo, un disco era caro para los bolsillos de la clase media baja en México. Esperé semanas, que me parecieron años, pero mi madre me lo compró y entonces lo ponía en la consola y en la sala hacía mis supuestas rutinas de gimnasia casera.

Y, luego, ¡guau! ¡Vino a México! Era 1977 y su presencia en nuestro país fue todo

un acontecimiento. Mucha promoción. Yo insistí en que me compraran un póster que vendían en el puesto de periódicos y cada vez que veía una foto de ella en un periódico, le pedía a mi abuelita que me lo comprara para leerlo.

Desde entonces, he disfrutado cada cuatro años las Olimpiadas. Claro que las de 1980, realizadas en la entonces URSS, las esperé con ansiedad, porque iba a participar otra vez Nadia. Después vino varias veces a México y yo me pegaba a la televisión para no perder detalle de su estadía aquí.

Las lecturas en los periódicos sobre su vida y los frecuentes documentales que pasaban en la televisión me permitieron saber, desde que era niña, de la existencia de países socialistas, como Rumania, donde ella nació, creció y se hizo la deportista más famosa del mundo.

“Recuerdo que caminé por los jardines del Molina con la cabeza baja y pensando en lo terrible que era no haber sabido antes que existía la gimnasia”.

Aprendí que en ese régimen no había libertades. De hecho, ella no era libre como yo. No podía decidir por sí misma, sino que debía apegarse a los mandatos de su gobierno. Ni siquiera podía comer lo que se le antojara, sino lo que le ordenaban. Vi una ceremonia donde el gobierno de su país le dio un reconocimiento y ella se refirió a su presidente, Nicolae Ceausescu, como “compañero”. Ante mi cara de extrañeza, mi hermano mayor me explicó que así se hablaban en los regímenes socialistas: todos era compañeros.

Por supuesto que supe de su huida del régimen rumano. De su asilo en Estados Unidos y en Canadá.

Mis recuerdos de las Olimpiadas me remiten a Nadia, a la gimnasia más hermosa que jamás he visto y a mi primer conocimiento sobre el socialismo.

Ya se imaginarán la enorme felicidad cuando una vez hice un comentario de Nadia en Twitter, hoy Equis, y ella ¡me contestó! y me comenzó a seguir.

Como decían en los setenta: Nadie como Nadia.



Nadia en los Juegos de 1976.

Mis encuentros lejanos

Por Francisco Ortiz Pinchetti

Debo confesar de entrada que no he sido aficionado a los llamados “deportes olímpicos”, como serían el Atletismo, la Natación, la Gimnasia, el Tenis o el Levantamiento de Pesas. Mi relación con el deporte ha caminado por rumbos bien distintos, particularmente el béisbol.

Les platico que mi única vivencia relacionada con los Juegos de Verano fue bastante amarga. Me refiero por supuesto a los Juegos de México 68, celebrados en el marco de la represión violenta del movimiento estudiantil de ese año.

Recuerdo que vi por televisión la inauguración de esa Olimpiada el 12 de octubre, a sólo 10 días del trágico episodio de Tlatelolco, que me tocó vivir. Estaba demasiado fresca la herida, pero soporté inclusive la declaración oficial de apertura a cargo del presidente Gustavo Díaz Ordaz.

Seguí la transmisión en las oficinas del periódico dominical *Claridades*, de toros y deportes, que circulaba los domingos por la tarde-noche y en el cual yo colaboraba entonces. Era el encargado —como años atrás lo fue mi padre en ese mismo medio— de transmitir por teléfono la reseña de la corrida de toros de cada domingo, que aparecería impresa y estaría en las calles de la ciudad menos de una hora después de terminado el festejo.

Por lo demás, como mero espectador distante, me gusta seguir algunos eventos de las olimpiadas, como lo hice el pasado día 28 con la inolvidable inauguración de los Juegos de la XXXIII Olimpiada en París, histórica por donde se le vea. Y aún nos falta la clausura.

Dicho lo anterior, quiero referirme a mi no muy intensa y menos frecuente actividad deportiva personal. Desde los 11 años, cuando mi hermano José Agustín me llevó por primera vez a un partido de béisbol en el ya desaparecido Parque Deportivo del Seguro Social de la colonia Piedad-Narvarte, me aficioné en serio a ese inigualable juego, bien llamado el Rey de los Deportes. También desde ese primer contacto, me hice fanático, es la palabra, de los Tigres de México (hoy de Quintana Roo) como lo era mi hermano mayor. Y me convertí en asiduo asistente a ese por muchos años emblemático estadio.

También practiqué el béisbol. La primera vez, cuando iba con mis primos, los Muñoz Pinchetti, a los campos deportivos de la Cervecería Modelo en la colonia Anáhuac, justo frente a la fábrica que hasta la fecha se encuentra entre Lago Alberto y Río San Joaquín, ya convertido éste en un viaducto.

Éramos simples llaneros, claro, que aprovechábamos sin pedir permiso el terregoso pero plano terreno al que accedíamos desde la avenida Ejército Nacional luego de atravesar un canal apestoso. Mis primos vivían entonces a unas tres o cuatro cuadras de distancia, en la calle de Arquímedes, ya del lado de la colonia Polanco.

Teníamos algunos guantes viejos y un par de bates y como podíamos completando con muchachos que por ahí se acercaban armábamos los dos equipos mochos para jugar algunas entradas. No niego que viví muchas emociones, las que ahora recuerdo con todo y el olor a malta de cebada que impregnaba el ambiente de día y de noche.

Más tarde, también con mis primos conseguimos un entrenador manager que armó un equipo ya más en serio

y nos inscribió en una liga amateur organizada que tenía como sede los campos beisboleros de la Alianza de Tranviarios, ubicados por el rumbo de Iztapalapa, justo los mismos en que suele a veces jugar Andrés Manuel con sus cuates. Cada sábado debíamos comprar *La Afición* para saber la hora, el rival y el campo que nos correspondía, en una lista que se publicaba en ese periódico deportivo en el que por cierto se inició mi padre como cronista taurino en los años treinta del siglo pasado. Obviamente era para nosotros un acontecimiento semanal. Se trataba de partidos en serio, con atención estricta de las reglas, un ampáyer, campo reglamentario y, a veces, algún público.

Mi última cercanía con la práctica de mi deporte favorito fue, muchos años después, cuando varios compañeros del semanario *Proceso*, encabezados por nuestro querido y admirado subdirector Vicente Leñero, nos organizamos para ir a jugar los sábados en unos campos que nos prestaba la UNAM en Ciudad Universitaria, por el rumbo de Insurgentes Sur. Esa práctica se formalizó más cuando un alto funcionario de la compañía Nestlé, José de Lima,

amigo del director del semanario Julio Scherer García, llegó de pronto a nuestra oficina de Fresas 13 con un costal lleno de manoplas reglamentarias, bates, pelotas y un equipo completo de catcher (careta, mascota, espinilleras, peto) que yo aproveché para mi puesto en esa posición.

Entre los integrantes de nuestro equipo, que a menudo también teníamos que parchar con algún espontáneo, recuerdo (perdón por las omisiones), además del ya mencionado subdirector Vicente Leñero Otero, a mi amigo y colega Gerardo Galarza Torres, al cartonista Efrén Maldonado, a mi hijo Francisco Ortiz Pardo (que hacía ya sus pininos reporteriles), al fotógrafo Juan Miranda, a los formadores Marco Antonio Sánchez y Salvador Paleo, al administrador Rubén Cardoso, a los reporteros Salvador Corro y Manuel Robles Estrada, al ayudante Ángel Sánchez y, ocasionalmente, al escritor Federico Campbell. Habremos jugado no más de seis, siete ocasiones, seguramente a principios ya de los años noventa del siglo pasado.

Nuestra consagración ocurrió una mañana de miércoles cuando el profesor Froylán López Narváez, encargado de la sección de análisis de *Proceso*, consiguió que nos prestaran el Parque Deportivo del Seguro Social, si, la mismísima Catedral del Béisbol, para que jugáramos ahí un partido. Nos enfrentamos a una novena de vecinos del rumbo de La Piedad. Ganamos en seis entradas con un sensacional *squeeze play*. Así se cumplió nuestro sueño dorado, que para algunos, como dijo Leñero, “llegó demasiado tarde”.

Recuerdo que vi por televisión la inauguración de la Olimpiada de México 68, a sólo 10 días del trágico episodio de Tlatelolco que me tocó vivir en carne propia. Estaba demasiado fresca la herida, pero soporté inclusive la declaración oficial de apertura a cargo del presidente Díaz Ordaz...



Por Francisco Ortiz Pardo

Fui un enamorado precoz, por factores externos. Ocurrió cuando apenas tenía siete años con una niña que me doblaba la edad y de verdad que fue muy de repente, cuando uno todavía no está programado para el amor. Gracias a ella descubrí que existían muchos deportes en el mundo y que una buena parte de ellos se presentaban en unos juegos que les llamaban olímpicos por un vocablo de la antigua Grecia, donde mucho antes se practicaron las hazañas del cuerpo. Ella me heredó la pasión que toca cada cuatro años como algo fugaz, irreplicable, y hermoso por lo mismo. Ver las competencias en directo por la televisión me ha hecho sentir como un privilegiado de primera fila porque no hay más tiempos diferidos que los de las ondas satelitales, de acuerdo con la tecnología de cada época. Aunque es cierto que en esas justas cuentan hasta las milésimas de segundo, mi experiencia ha sido absolutamente presencial, y más cuando mis brincos y alaridos son tan reales como si estuviera en un estadio.

Hay algo pecaminoso en ese primer amor, que me llevó para siempre a resistirme a toda idea monopólica del deporte. Si bien es que mi mayor pasión es el beisbol, y lo considero el más interesante e inteligente dada su complejidad, aquel descubrimiento me vacunó para siempre de las formas simples de ver pasar un balón de una pierna a otra, de una portería a la otra, en lo que se ha convertido un negocio millonario, ultra capitalista y enajenante —no se diga en nuestro país—, que sobrepone la mercadotecnia a la esencia de la sana competencia. Porque puedo ver el futbol pero no le concedo el derecho a la exclusividad.

Desde muy chavito me aventaba en mi cama para imaginar sumergirme a través de un clavado en la fosa o estirar las piernas como emulando las últimas zancadas de las gestas atléticas, en cámara lenta. O adelantaba las posturas de yoga que practicaría unos años después, levantando el pecho boca abajo, para pegar lo más que pudiera mis empujes a mi espalda media. De aquella niña aprendí a estirar ampliamente mis piernas deslizándolas hacia el piso, con el sueño imposible de alguna vez lograr tocar completamente el suelo. Pero además ella significó mi primer encuentro con la disidencia, cuando me enteré que tuvo que huir de su casa por no estar de acuerdo con lo que la obligaban a hacer. Con razón que su sonrisa era como triste...

Unos años más tarde descubrí en el futbol americano, y por supuesto el beisbol, el gusto de jugar en equipo, así fuese sobre un jardín formado por dos



Foto: X - @Antonio Rosique

EN AMORES CON LA MORENA

Mi primer amor

grandes círculos, al que llamábamos “el ocho”. Ambos deportes fueron favoritos en la ciudad antes de que las televisoras impusieran un solo gusto. El beis lo jugábamos con pelotas de esponja que comprábamos en la tiendita de la esquina. En cada juego perdíamos dos o tres, algunas porque volaban hacia algún patio y otras que quedaban atrapadas en lo alto de una palmera. Acudí a escuelas de ambos deportes, y aunque aquella etapa duró poco, en el caso del americano ni siquiera llegué a ponerme el casco, pues pronto apareció mi desacuerdo con la rudeza. En cuanto al beisbol, jugué en ligas menores, en la Mexica, que hasta la fecha tiene su ubicación en Cuernavaca. Mi equipo fue Tucanes, cuyo uniforme blanco y amarillo portábamos con orgullo a pesar de ir en el sótano de la tabla; entrenábamos dos días entre semana y jugábamos los partidos en sábado o domingo. Más tarde extendí la práctica del bat y las manoplas con un equipo que formé con amigos del Colegio Madrid, y que jugábamos en la cancha del equipo Vaqueros de Coapa de fut americano o en el “diamante” de las Ranas de la UAM Xochimilco.

Chamaquito me encantaba correr rápido para no dejarme atrapar en el “policías y ladrones”, cuando los niños todavía jugábamos en las calles. Y aunque no tenía la estatura que me fue compensada un tanto por el tiempo y otro por los nutrientes, competí en eliminatorias de alta velocidad en el colegio, particularmente los 100 metros planos,

para los juegos inter escolares. Allí fue también la primera vez que logré correr cuatro kilómetros, dando 10 vueltas a la cancha de futbol, cuando iba en la secundaria. En la prepa, el rocanrol me hizo perder el hábito deportivo —pero no la pasión del espectador— que fui a recuperar en las postrimerías del siglo pasado con un temeroso pero emocionante regreso al diamante en un par de equipos de la revista *Proceso*, donde laboraba, cuando incluso jugamos un partido en el Parque Deportivo del Seguro Social de la colonia Narvarte. Así: como los profesionales. A mediados de mis treinta comencé a correr en los Viveros de Coyoacán; y hace 12 años emprendí la práctica del yoga, que aunque no es un deporte formal, aporta aún otro tipo de ejercicios —mentales, espirituales y emocionales— además de un buen acondicionamiento físico, no

solo de los músculos sino también de los órganos y glándulas.

Así que vuelvo a hablar de aquella niña, a pesar de haber sido un amor frustrado. Ahora que lo escribo me doy cuenta que fue también ella la que, sin querer, me lanzó con sus acrobacias al gusto por el circo. Y enciendo otra vez la televisión —esa misma que los románticos de otras cosas llamaban “la caja idiota”— y veo lo que encuentro al azar para adentrarme en el conocimiento de alguna disciplina y sus reglas y sobresaltarme con la emoción provocada por los Juegos Olímpicos, esta vez en la ciudad “de todas las esperanzas y de todos los peligros” que es París, como dice el narrador de *La favorita del rey*, una cinta de Francia, Bélgica y Reino Unido de 2023, dirigida y protagonizada por Maiwenn.

Aquel amor de verano, mi primer amor, se fue como llegó a través de la misma pantalla en blanco y negro de la sencilla televisión sony que tenía en mi recámara. A veces sin embargo, cuando hago posturas y estiramientos de yoga sobre las que no debo estar más que en el “aquí y ahora”, me asaltan en la cabeza esos simpáticos movimientos y los gestos de la pequeña rumana de la que me enamoré a mis siete años. ¿Cómo no haberse enamorado de la “niña perfecta”? Por eso cuando recién la vi trepada en una lancha sobre el Río Sena acompañando a la antorcha, casi me derrito. Yo lo festejo con una sonrisa y un silencioso “gracias, Nadia”.

Vuelvo a hablar de esa niña porque fue gracias a ella que acudo al ritual de cada cuatro años para ver lo que encuentro al azar, adentrarme en el conocimiento de algún deporte y sobresaltarme con la emoción provocada por los Juegos Olímpicos.

En sus marcas...

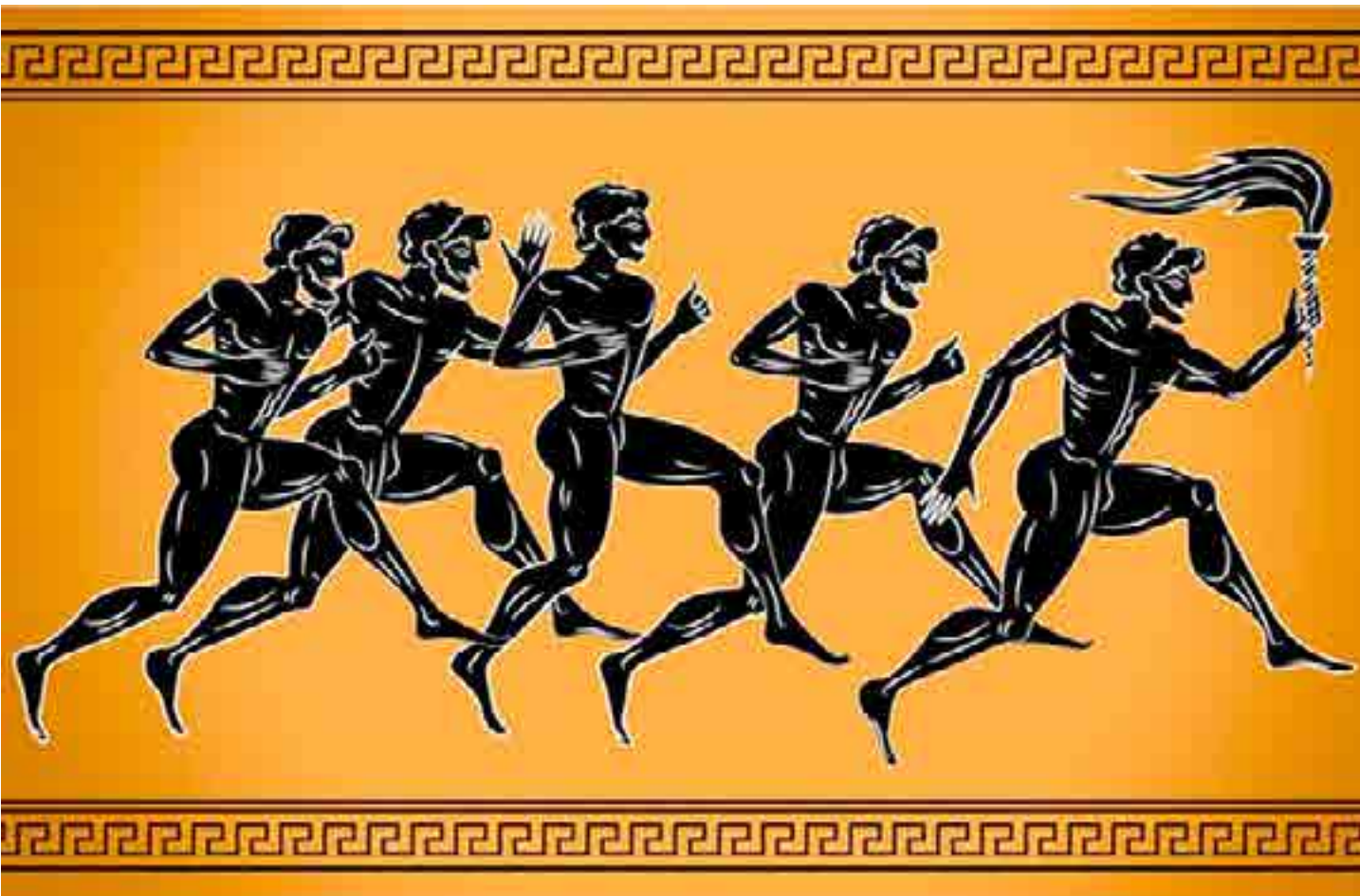


Foto Especial

Antiguos juegos en Grecia.

Nuestro gusto por los deportes puede venir de una memoria colectiva y con la que nos identificamos como miembros de un clan particular, o equipo deportivo, o quizá pretendemos emular los éxitos del mejor guerrero de nuestra tribu.

Por Oswaldo Barrera Franco

Lo confieso, no soy más atleta de lo que soy pintor de cuadros hiperrealistas. Tampoco me incluyo entre esos aficionados que se rasgan la playera cuando su equipo de mil amores, por el que lo han dado todo, queda eliminado, y menos estoy dispuesto a formar parte de las hordas que siguen, más allá del prestigio nacional, a su selección de fútbol hasta el fin del mundo. Es más, ni siquiera tengo una playera de mi equipo favorito, no importa si es de fútbol americano, beisbol o hockey, y del fútbol mexicano mejor ni hablamos. Sólo voy a un estadio si la ocasión lo amerita, a veces más allá de lo deportivo, y soy tan villamelón como cualquiera. Sin embargo, siento un particular interés por todo lo que tiene que ver con los deportes, aun si jamás he formado parte de un equipo o participado en alguna competencia seria.

¿Por qué nos atraen las actividades deportivas, más allá de un tema de salud? ¿Cómo es posible que estemos dispuestos a invertir dinero y tiempo para seguir a atletas o equipos que cuentan con nuestro apoyo incondicional? ¿Por qué ese fervor y las ganas de compartir con otros los éxitos deportivos ajenos?

La actividad física es tan antigua como cualquier expresión artística humana, incluso más. Claro que aquel grupo de cazadores neolíticos no apostaba ni echaba porras para ver quién arrojaba una lanza más lejos para matar un mamut o quién corría más rápido para escapar de algún depredador, o tal vez sí lo hacía y alguno de ellos terminaba sin sus preciadas cuentas o sin su hacha favorita. Como fuera, aquellas primeras habilidades destinadas a la cacería derivaron en una suerte de competencia más allá de conseguir alimento. Es probable que

el cazador más diestro, con perdón de los zurdos, el mejor nadador o el individuo más fuerte se convirtiera en alguien muy respetado en su comunidad.

Hay la posibilidad también de que aquellos cazadores se iniciaran y entrenaran mediante juegos en los que competían para ganarse su lugar en las partidas de caza, y también con ello evitar ser víctimas de su propia ineptitud o del fuego amigo, aunque se tratara más bien de flechas o piedras. Luego vino la competencia abierta por la posesión de los recursos, propios y ajenos, y entraron en escena luchadores y guerreros que debían defenderse de y derrotar a contrincantes tan habilidosos como ellos. Se formó así una élite que llegó a liderar clanes, tribus y pueblos, y de ahí naciones e imperios. La guerra desplegaba a los mejores combatientes, los soldados más hábiles, los arqueros más precisos, a fin de avasallar a sus rivales, a veces incluso borrarlos del mapa, y esto era un juego muy serio.

Así entonces, el deporte como un esparcimiento y una actividad comunitaria tiene un origen más bien sangriento y en el que la supremacía de algunos valía más que las vidas

de otros. Sin embargo, con el tiempo lo deportivo despertó también otras inquietudes, de índole religiosa o identitaria, al formar parte de rituales y ceremonias cívicas con los cuales determinada sociedad o grupo se identificaba y que, de hecho, llevaban a establecer vínculos estrechos entre los participantes, ya fueran protagonistas o antagonistas. Cuando no hacían la guerra, bien podían reunirse para descargar su exceso de energía y testosterona en competencias organizadas y con un sentido más bien lúdico, quizá religioso.

Con el paso del tiempo, lo deportivo adquirió un carácter incluso sagrado. Se consagraban pruebas y atletas a deidades y acontecimientos históricos. Su simbolismo iba más allá de lo meramente físico, en busca de desarrollar lo más posible la capacidad del cuerpo humano, para trascender a alturas olímpicas en busca del favor divino.

Así que nuestro gusto por los deportes puede venir de una memoria colectiva y con la que nos identificamos como miembros de un clan particular, o equipo deportivo, o quizá pretendemos emular los éxitos del mejor guerrero de nuestra tribu y expresar así nuestra admiración por tan excelsa figura, o por aquel atleta al que, al igual que una estrella de la música o un artista de renombre, seguimos como sus fieles aficionados.

Sí, nunca seré aquel que logre batir un récord mundial ni a quien busquen las marcas como emblema de sus campañas mercadológicas dirigidas a la juventud deportista. Me mantendré tranquilo en las sombras, al otro lado de la pantalla de la televisión o de la computadora, alentando a quienes han hecho del deporte su vida y dejan todo por ello, tras una gloria que, aunque fútil para muchos, no deja de ser un claro ejemplo de nuestra capacidad para superarnos cada vez más, en lo personal y como colectivo, siguiendo valores que enaltecen el trabajo en equipo, la honestidad y la sana competencia.

Por ahora, lo mejor que puedo hacer por el deporte es ponerme unos pants y mis tenis, apagar de una buena vez la computadora y salir a caminar o quizá llevar a inflar mi balón de basquetbol y recordar viejos tiempos en las canchas, cuando lo único que importaba era el juego en sí.

En sus marcas, listos... ¡fuera!

Por el Centro

Es un lugar de techo blanco de paredes pintadas de blanco con un ligero toque amarillo. Según recuerdo en algún momento las paredes estuvieron llenas de cuadros, pero ya son más de 40 años de aquello.



Foto: Carlos Reyes, Pexels

Por Luis Mac Gregor Arroyo

A veces pensar en el amor no es lo que uno desearía. Hay amores malos que todo lo que hacen es mandar todo al caño, como una vez que me metí con una mujer, quien apenas conocía, en un hotel de la calle de Cuba, en el centro. La mujer tenía unos gustos íntimos fuertes y yo, definitivamente, no desee verla después de esa aventura.

También hay amores pasajeros como el de una joven que iba de paso, recorriendo el museo de historia en el centro, a quien me atreví a besar de primera vista. La mujer era guapa con cabello corto pero ella, definitivamente, no deseaba llevar el encuentro más lejos y cuando terminamos el recorrido del museo se subió a su camión de turistas y nunca más volví a saber de ella.

También recuerdo a mi amiga oriental, muy quitada de complejos en lo referente a la intimidad, pero tenía novio; así que sólo tuvimos un acostón y ya. No sé... creo que estábamos mejor como amigos que como amantes.

Sin embargo el centro ha sido más para mí que sólo encuentros amorosos. Es un lugar que parece que a uno lo abraza y lo hace sentir querido. Caminar por la Plaza Manuel Tolsá, teniendo por un lado el Museo Nacional de Arte (Munal) y del otro la presencia del Palacio de Minería es como sentir un abrazo por ambos costados al ir caminando por ahí.

Qué decir del edificio de correos con sus barandales dorados calificado por mi padre como la construcción más relevante del centro, y del Palacio de Bellas Artes que, con su estructura de mármol, nos hace recordar la vieja frase de estar en "la Ciudad de los Palacios".

Con mi padre era frecuente que iba al centro de la CDMX por ahí de principios de la década de los ochenta –el tiempo pasa volando–, y es de recordarse que por entonces no tenía canas en la barba y, más importante, tenía cabello; ahora casi, casi no tengo ninguno. En fin, no se puede todo.

Era de rigor ir a la Feria del Libro del Palacio de Minería donde, debido a la precaria situación económica, mi padre se las ingeniaba para adquirir uno o dos libros que estuvieran a buen precio. Era raro salir de esa Expo con las manos vacías. Entonces no estaba la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, por lo que la feria de Minería era la más relevante del país; con el tiempo ha sido relegada a un papel casi secundario, ahora hay ferias del libro en varias partes de la CDMX.

Mi viejo murió hace más de tres décadas y aunque me tomé con folklor su fallecimiento no cabe duda que me hubiera gustado convivir con él al menos unos siete años más. Desafortunadamente no tuve la suerte de ello. Sin embargo, hoy me dirijo a su lugar predilecto en la zona central de la ciudad.

Se puede ir en taxi o hasta en metrobús a ese lugar pero yo prefiero el metro. No es tan limpio y no falta algún conjunto de escaleras eléctricas que esté sin funcionar, pero para un *pata de perro* como yo eso no es impedimento. Ahora, a tono con la modernidad, hay televisión en las estaciones. Así, mientras uno espera la llegada del transporte puede estar entretenido viendo alguna noticia, algún video o algún otro contenido. Realmente no aplaudo esto último, ver pantallas de televisión en el metro y en el metrobús –nada más faltan en el autobús corriente– acaban por hartar y uno llega a anhelar el silencio amable de cuando no hay algo que produzca ruido.

Me bajo en la estación Juárez de la línea 3 y me voy caminando por Avenida Independencia, una calle poco recorrida por mi padre. Me gusta porque ahí se respira un ambiente de edificios de vivienda, locales de comida barata, panaderías, cafeterías, farmacias y tiendas de abarrotes. Es un rincón bastante acogedor donde uno convive con las personas oriundas del área. En otras palabras se vive la vida del centro sin turistas, aunque poco a poco va perdiendo espacios lo antiguo ante la ambición de quien busca poner lugares con atractivo para los extranjeros.

Al llegar al Eje Central Lázaro Cárdenas cruzo y doy vuelta a la izquierda. Por ahí se ve la famosa Plaza de la Tecnología, donde uno puede conseguir y reparar aparatos a buen precio. Algo de lo cual se está agradecido cuando uno necesita –como es mi caso– componer la computadora.

Finalmente llego al Sanborns de los azulejos. Ahí me voy caminando hasta la fuente de sodas. Única de este establecimiento. Es un lugar de techo blanco de paredes pintadas de blanco con un ligero toque amarillo. Según recuerdo en algún momento las paredes estuvieron llenas de cuadros, pero ya tiene más de 40 años de aquello. Todo el conjunto de la fuente de sodas esta conformado por una barra larga que va haciendo eses a todo lo largo, así uno puede estar tomando café y ver a otros comensales de frente. Ese era el sitio predilecto de mi padre para tomar café y leer el diario. Ahí acudíamos después de ver un museo y terminar así nuestro tour de fin de semana. Así me estoy, pensativo, mientras veo enfrente de mí a una mujer de cabellos largos y lacios, color castaño claro, quien me sonrío... pero eso, es otra historia.

ADRIÁN CASASOLA

Existen opiniones divididas de cuándo comenzaron a considerarse las vacaciones dentro del calendario. Según se cuenta, las vacaciones datan de la época de los egipcios, quienes celebraban rituales religiosos y descansaban durante esos días. Estos rituales eran considerados como una forma de honrar a los dioses y se celebraban durante dos semanas al año. Los romanos por su parte tomaban vacaciones para visitar los baños termales, descansaban en las playas o disfrutaban de la naturaleza. Estas vacaciones se conocían como ferias. Dichas fiestas se hicieron muy populares entre las clases más acomodadas, ya que evidentemente podían darse el lujo de tomarse ese tiempo libre sin tener que trabajar.

México es sin duda un paraíso en cuanto a la cantidad de opciones que tiene dentro de su extenso territorio. Debido a esto nuestro país se encuentra hasta el año pasado, en el sexto lugar mundial en lo que a turismo se refiere. Pero, ¿has pensado a dónde se acostumbraba vacacionar a principios del siglo XX? ¿Qué se acostumbraba hacer y visitar en aquellos años?.

Debemos recordar que una de las festividades más importantes durante todo el año calendario fue y ha sido el período de Semana Santa. Las grandes ciudades y pueblos enteros conmemoran con fiestas populares que involucran a chicos y grandes. De la Ciudad de México a Xochimilco e Iztacalco, pasando por Pátzcuaro, Michoacán y Taxco, Guerrero y en otros estados con tradición de contar con una virgen o santo patrono, como Juquila en Oaxaca o San Juan de los Lagos en Jalisco. Y durante el verano existían varias opciones, aunque no tantas como en la actualidad, ya que las carreteras y otras vías de comunicación estaban en su etapa incipiente. Y, al igual



Las vacaciones hace un siglo



que en la época de los romanos, dependía de la situación económica para disfrutar en familia de los atractivos turísticos, o bien vacacionar dentro de su ciudad natal para estirar el gasto familiar lo más posible. Los estados de Guerrero, Veracruz, Sinaloa y Oaxaca eran los más visitados (por supuesto no existía la costumbre de visitar la Riviera Maya y no fue hasta 1970 que comenzó su construcción como atractivo turístico).

Aquí les compartimos algunas imágenes tomadas durante el siglo pasado en donde podremos apreciar que algunos aspectos no han cambia-

do, como la aglomeración en albercas y playas públicas o el contar con una casa de veraneo como símbolo de riqueza, hasta aquellos que celebran sus vacaciones en parques públicos y esperan un mejor momento para poder disfrutar de su tiempo libre. Así que piensa ahora que estás subiendo a un avión que te llevará a una bella playa mexicana, que debes sentirte una persona muy afortunada al poder viajar en tiempos mínimos hacia un paraíso momentáneo.

Síguenos en Instagram: @casasola.foto y en Tiktok: Casasola.foto

FOTO 1: Alberca Pane durante las fiestas de San Juan en la Ciudad de México
Autor: Agustín V. Casasola, c. 1924

FOTO 2: Playa en Villa Veracruz durante el verano

Autor: Hugo Brehme, c. 1940
FOTO 3: Vista de la playa Caletilla desde una casa en Acapulco, Guerrero

Autor: Hugo Brehme, c. 1940
FOTO 4: Niños jugando en la resbaladilla

Autor: Agustín V. Casasola, c. 1910

FOTO 5: Mujer en traje de baño a principios del siglo XX

Autor: Agustín V. Casasola, c. 1910